BX1468
.M96

HUMBERTO MUÑOZ

...S OF PRINCETON
JUN 14 1982
...OGICAL SEMINARY
X1468
196

CATOLICISMO CHILENO

DEL MISMO AUTOR

EL ALMA DE LA ACCION CATOLICA — 1941-1944.

EL MISTERIO DE LA FE (Traducción) — 1941.

SAN VICENTE DE LERINS Y LA TRADICION (Memoria) — 1942.

LA DIVINA PALABRA — 1943.

MANUAL DEL SOCIO PROVISORIO — 1944-1946.

MOVIMIENTOS SOCIALES EN EL CHILE COLONIAL — 1945.

P R I N T E D I N C H I L E

PBRO. HUMBERTO MUÑOZ R.

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 14 1982
THEOLOGICAL SEMINARY

CATOLICISMO CHILENO

PROLOGO DE

S. E. MONS. ROBERTO BERNARDINO BERRIOS

OBISPO DE SAN FELIPE.

SANTIAGO DE CHILE

1946

Es propiedad. Inscripción N° 11575

PROLOGO

Nos ofrece el celoso Párroco de Los Andes y doctor en Sagrada Teología, don Humberto Muñoz, un nuevo libro, fruto de su infatigable laboriosidad y de su perspicacia de observador.

Varios y de diversa índole son los asuntos que el autor estudia con sobriedad y precisión en el terreno de las realidades. A través de esas variadas materias, ha querido presentar prácticamente aplicados los principios dogmáticos, morales y canónicos adquiridos en el largo período de formación moral e intelectual que precede al sacerdocio, y que en los comienzos del ejercicio del ministerio constituyen para el sacerdote un verdadero problema, de cuya acertada solución depende la eficacia del ministerio. Parece lógico suponer que un período de más de

doce años de formación capacita a un eclesiástico para dar cumplida solución a todos los problemas que puedan ofrecérsele en el desempeño de su ministerio, ya que en el fondo de todos esos problemas hay una cuestión teológica; sin embargo, no es así, y por algo hay una disciplina afín a la Teología Moral, que se llama Teología Pastoral, y tiene por objeto enseñar el modo de aplicar los conocimientos adquiridos durante los años de estudios teológicos, porque una cosa es conocer los principios, aun los principios prácticos, como son los de la Teología Moral o el Derecho Canónico, y otra saberlos aplicar a los casos concretos y variados que se ofrecen en el desempeño del ministerio. Por eso, con mucha razón, el Código de Derecho Canónico establece en el Can. 1365, 3: "Haya, además, clases de Teología Pastoral en las cuales alternen la teoría con la práctica", para ir poniendo paulatinamente en contacto, al futuro sacerdote, con el medio ambiente dentro del cual actuará más tarde. Es esta prescripción canónica de capital importancia y como la aplicación de aquello de los antiguos: "Non scholae sed vitae discimus; no aprendemos para las aulas, sino para la vida". Así se ahorrarán muchos tanteos inútiles, muchas pérdidas de tiempo y aun lastimosos fracasos, como de sí mismo confiesa ingenuamente el lector.

El deseo de poner en contacto al sacerdote, y aun a los miembros de la Acción Católica con las realidades religiosas nacionales es lo que ha movido al señor Muñoz a emprender este trabajo, no obstante las dificultades inherentes a su novedad y a la escasez de fuentes. Creemos que su obra no sólo ha venido a llenar un vacío en la literatura religiosa nacional de formación eclesiástica, sino que prestará señalados servicios a los jóvenes sacerdotes y aun a los avezados en el ministerio sacerdotal.

El capítulo "Nuestra posición histórica" es como las premisas de donde van deduciéndose las conclusiones que se aplican en los capítulos siguientes. No tienen en verdad esos capítulos ilación lógica unos con otros, sino la razón común de problemas o, mejor dicho, de contrasentidos, puesto que a través de los hechos se ven caminar paralelamente los principios y sus aplicaciones divergentes. Esos mismos hechos que el autor aquilata y pondera con crítica histórica de muy buena ley, dan también la medida para precisar en qué grado han influído favorable o desfavorablemente en desvirtuar o afianzar la aplicación de los principios católicos en nuestra patria.

Podrán interpretarse de distinta manera los hechos estudiados por el autor, y proponerse otras soluciones a esos problemas; pero eso no disminuye el

mérito de la obra ni su utilidad e importancia: abundan en ella atinadas observaciones, oportunas sugerencias, exposiciones de hechos que dan la clave de ciertos enigmas que no es fácil explicárselos a primera vista. Ese conjunto de problemas con toda su magnitud y trascendencia no abruma el ánimo del lector, sino que lo mueve a aceptar las soluciones que el autor propone o a confirmarse en la adopción de las que su propia experiencia le sugiere.

Es, además, muy conveniente conocer la magnitud de la obra que tenemos que realizar para aunar los esfuerzos en pro de su realización y revisar nuestros métodos de defensa y de conquistadora penetración.

Obra verdaderamente evangelizadora fué la que llevó a cabo España en el nuevo mundo con sus esforzados guerreros y sus celosos misioneros. Los predicadores del Evangelio, como los fieles siervos del padre de familia, sembraron en su nueva heredad la semilla escogida de su doctrina; pero su enemigo por excelencia no ha perdido ocasión para sembrar también la semilla perniciosa del error, funesta para aquélla, como para la mies la cizaña. Esto es lo que ha acontecido entre nosotros de entonces hasta ahora, como lo comprueba el libro del señor Muñoz. El error oculto bajo apariencias de verdad, difundido desde la cátedra, por medio del

libro, de la prensa diaria, arteramente a favor de las tinieblas de la ignorancia atrevida, de la penumbra de la falsa ciencia, ha ido penetrando en las inteligencias de los individuos hasta constituir sus grupos y ensanchar así su esfera de acción y su influencia perniciosa y abiertamente anticristiana.

Por otra parte, es ésta la eterna lucha entre la luz y las tinieblas, que embestidas por la luz se niegan a dejarse esclarecer.

Quiera Dios que el fin nobilísimo que movió al autor a trazar las bien documentadas páginas de este libro se realice plenamente; que su lectura despierte en el ánimo de sus lectores generosos sentimientos que inflamen sus corazones en santo celo, en tal forma que en cada uno de ellos se verifique lo que el autor de El Eclesiástico, 48, 1, dice de Elías: "Levantóse después el profeta Elías como un fuego y sus palabras eran como teas encendidas", para que continúen la misión iluminadora de Jesucristo, ya que el sacerdote debe ser luz del mundo, aunque encuentre en su camino una cruz y un Calvario.

Fr. Roberto Bernardino Berríos G.
Obispo de San Felipe.

San Felipe, 3 de mayo de 1946.

AL LECTOR

Antes de que el lector comience a recorrer estas páginas, me siento obligado a darle varias explicaciones. Y sea la primera, la que a mi persona se refiere. En efecto, un libro de esta naturaleza, que aspira a presentar algunos problemas fundamentales del catolicismo chileno, debió ser escrito por una persona de más edad y experiencia, de más estudio y espíritu de observación. ¿Por qué entonces lo he escrito yo? Quisiera relatar mi experiencia personal. Salido del Seminario y lanzado al apostolado en parroquias de campo y ciudad, noté de inmediato un vacío inmenso en mi formación, y es la que se refiere al desconocimiento casi absoluto del campo en que debía trabajar y de los

métodos de apostolado. Múltiples y duros fracasos me han hecho palpar esta deficiencia, y me han urgido, a la vez, al estudio documental y a la observación personal de la realidad chilena. Por desgracia, es tan poco lo que se ha escrito a este respecto, sobre todo en lo que se refiere al campo religioso, que el trabajo ha sido duro y los resultados muy mezquinos e incompletos. Sin embargo, consciente de no ser el único que he pasado por esta dolorosa experiencia, conocedor también de que la ausencia de estos conocimientos no solamente es una laguna para el clero, sino también para los seglares de la Acción Católica, y por no haber nadie hasta la fecha intentado en Chile un estudio de esta naturaleza, me atrevo a publicar el mío, con todo el temor del que no se siente seguro de su criterio, en una materia de suyo compleja y resbaladiza. He escrito estas páginas con toda la sinceridad de mi alma y con un profundo amor a la Iglesia, lo cual no será obstáculo para que más de una vez incurra en algún error de apreciación. En este caso, si el error mío sirviera siquiera de causa incidental para que otro más versado pusiera las cosas en su lugar, yo quedaría igualmente contento de haber contribuído siquiera en esta forma a la comprobación de nuestras realidades religiosas chilenas, único móvil de mi estudio. Por eso, declaro desde lue-

go, que aceptaré gustoso todas las correcciones que se me sugieran con espíritu elevado y desprovistas de mezquindades tendenciosas. Estaría feliz de que estos humildes ensayos contribuyeran a llamar la atención de los estudiosos hacia estos temas, aunque sus resultados fueran totalmente divergentes de los míos, siempre que llegaran al establecimiento de la verdad objetiva.

Casi es innecesario decir que el presente opúsculo no es un estudio completo, ni siquiera que en él se estudian los problemas más importantes, sino aquéllos que el autor ha podido conocer mejor por sus aficiones personales o las circunstancias de su vida. Pero es evidente que faltan por ver aspectos gravísimos que van desde la penuria económica del clero, hasta los problemas peculiares de las diócesis del Norte, pasando por la perversión del criterio moral y los innumerables problemas familiares. Cada uno de esos temas podría constituir un capítulo aparte, y aquí, sin embargo, ni se nombran. Y en los mismos problemas estudiados, no se ha agotado ciertamente la materia, sino que he procurado dar un vistazo general que en grandes líneas presente los rasgos sobresalientes en forma nítida. Más que la multitud de los detalles me ha interesado enfocar y ubicar cada problema en la forma más exacta que me ha sido dada. A causa de esto, más

de alguno podrá tachar de exclusivistas mis puntos de vista. En manera alguna ha sido ésa mi intención. Al poner de relieve aquello que, a mi juicio, es más importante y primordial, en manera alguna he querido negar otros aspectos, que generalmente supongo conocidos o fácilmente deducibles. También presupongo siempre un recto conocimiento del dogma católico que está en la base de todo juicio acerca de apreciaciones de hechos religiosos. Si alguien, con criterio estrecho, temiera por la ortodoxia del libro, le advierto, aunque esto es casi superfluo, que aquí no trato de doctrina sino de realidades, y que, si se indican las fallas, es precisamente porque se ama la verdad integral, para llegar a la cual hay que comenzar por conocer los defectos reales.

En todo momento he pretendido ser realista, entendiendo por tal, no al pesimista que sólo ve lo malo, ni al optimista que sólo ve lo bueno, sino al que ve las cosas tal como son, con sus luces y sus sombras. Si la lectura de estas páginas deja en alguno una impresión pesimista, no es culpa del autor, sino de la realidad misma, o mejor dicho, del propio sujeto que lee, porque es evidente que el que tiene una fe maciza, y está seguro de que la Iglesia no se compone sólo del elemento humano —que es el que aquí se analiza—, sino que está habitada y

vivificada por el Espíritu Santo, el que cree que la Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo, a pesar de los andrajos con que a veces exteriormente se reviste, el que ha recorrido la Historia Eclesiástica y sabe las vicisitudes dolorosas que ha experimentado, no podrá menos de pensar que el soplo de Dios puede hacerse sentir de un momento a otro y, así como hizo revivir el campo de huesos de la visión del profeta Ezequiel, así también puede producir un glorioso "avivamiento" de la Iglesia en Chile. Pero este despertar no depende sólo de Dios, sino que El quiere ciertamente nuestro trabajo y cooperación. Y en la base de todo proyecto de reconstrucción ha de estar el conocimiento exacto de la realidad. Por eso, si el que contempla la dura realidad para entregarse a una estéril quietud de lamentación, es un pesimista, un hombre nocivo a los demás; el que contempla los hechos, por angustiosos que sean, y tiene valor para elevar su vista al sublime ideal, y trazar las líneas de trabajo, y pone sus manos en el arado sin volver atrás, ése es de un realismo optimista, sano y promisor. De ese temple son los lectores que se requieren.

Y una sugerencia final. Por el conocimiento que tengo de los demás países latinoamericanos, algunos por haberlos visitado personalmente, la mayoría sólo a través de los libros, tengo la impresión de

que los problemas de Chile no hacen excepción dentro del continente. Habrá ciertamente nombres, fechas y proporciones diversas; pero la fisonomía esencial es idéntica. No me he atrevido, sin embargo, a generalizar, por no tener los datos suficientes.

El autor.

Los Andes, diciembre de 1945.

I. NUESTRA POSICION HISTORICA

Para el estudio de los grandes problemas del catolicismo chileno hemos de comenzar por fijar la posición histórica de la Iglesia y su influencia en la totalidad de la vida nacional. Y, precisamente, esa posición es uno de nuestros más graves problemas, porque ella está en la base de toda orientación y de toda actitud que la Iglesia asume. Es, pues de toda importancia que esta posición sea fijada, no en la arena movediza de una apreciación superficial, sino cavando más hondo en el subsuelo de la tradición, donde se encuentran las raíces de que se nutre en gran parte la vida del momento actual.

Tratemos de comprender la posición del catolicismo durante la Colonia, ya que el indigenismo

anterior pertenece a la prehistoria y, a partir del advenimiento del conquistador español, sólo actuará en los estratos inferiores y pasivos de nuestro desenvolvimiento histórico. En Chile, donde el peninsular encontró la más valiente y obstinada de las luchas de armas, fué quizás donde menos dificultades opusieron a su influjo cultural, quizás precisamente porque nuestros araucanos tenían una civilización muy inferior a la de los incas del Perú y a los aztecas de Méjico. La españolización de nuestro territorio —a excepción de Arauco— fué completa y relativamente muy rápida. Una acelerada mestización produjo, ya a fines de la Colonia, la nueva raza chilena, mezcla de indígena y español (1). Mas no hubo equivalencia de ambos elementos, porque el varón español, guerrero y vencedor, se unía con la hembra indígena, cautivada en sus correrías o retenida como "encomendada" en sus haciendas. La esposa indígena, o más frecuentemente la concubina, no llegaba al matrimonio como la mujer moderna en semejanza de posición social e influencia al varón, sino que

(1) Según don Luis Thayer Ojeda, en su obra "Elementos Etnicos que han intervenido en la población de Chile", pág. 133, ésta es la proporción de las diversas razas: blanca, 64.59 %; roja, 34.26 %; negra, 0.98 %; amarilla, 0.17 %.

había de incorporarse de lleno el régimen de vida español, aceptando su religión y sus costumbres, reservándose sólo aquello que, por una incapacidad psicológica muy explicable, no podía ya sufrir transformación. Y para confirmar este aserto, recordemos el caso contrario de mestizos nacidos en territorio araucano y asimilados completamente a las costumbres nativas, a pesar del porcentaje de sangre blanca que tenían. Así pues, la raza chilena, cualquiera que sea la proporción de sangre indígena o blanca que le atribuyamos, en el orden de su cultura y costumbres, es netamente española. Para emplear términos filosóficos, podemos decir que la sangre india era la materia prima, y la española, la forma substancial. Así, pues, aunque racialmente mestizos, el tono de nuestra cultura fué netamente español.

Destacada ya la posición predominante de la cultura española en la vida colonial, resta asimismo poner de manifiesto la influencia del catolicismo en la cultura española. Y para proceder con claridad, podemos afirmar la siguiente ecuación: lo que es España respecto de Chile (y de toda América), eso es la Iglesia respecto de España. Esto es, que si España fué el alma que informó nuestra vida colonial, a su vez el cristianismo fué el alma de España, el que impulsó su gesta, que tenía primariamente fines misionales, el que dió el tono a

su cultura, cuyos mejores exponentes son sus místicos y sus "Majestades Católicas". Por una lógica conclusión, podemos entonces afirmar que el catolicismo, tan adentrado en las esencias de España, pasó también a informar, a ser el alma de nuestra vida nacional. No nos admire entonces ese nimbo de religiosidad en que está envuelta toda la Colonia. Como de la Edad Media en Europa, podemos afirmar que estaba esencialmente impregnada de cristianismo.

Por desgracia, nuestros historiadores —la mayor parte de ellos anticatólicos o psicológicamente incapaces de apreciar el influjo del cristianismo— casi no han reconocido este papel trascendente de la Iglesia, y, al historiar su actuación, se han limitado a los obispos y al clero, y han tomado, por lo general, episodios aislados, sin comprender en toda su amplitud el influjo de la Iglesia, que no sólo se compone de la jerarquía, sino también de los laicos que, al actuar a impulso de principios cristianos, reivindican para la Iglesia todas las grandes obras que realizan. Se limita la actuación de la Iglesia al campo restringido de la piedad y al de las actuaciones personales del clero; pero se silencia la fuerza de los principios cristianos en todas las demás manifestaciones de la vida nacional. Y así se mutila nuestra Historia, al ocultar la causa que movía des-

de el rey hasta el último soldado o sacerdote, en esta magna obra de cristiana civilización de nuestra patria y del continente entero. Del Gobernador abajo, nadie hacía nada sin previa consulta a una junta de teólogos, o por lo menos, al confesor. Los historiadores citan estas juntas de teólogos, porque no pueden dejar de hacerlo, pero no destacan los principios doctrinales que allí se discuten y que serán la norma de las actuaciones concretas. Y como cada hecho se explica por las ideas que lo informan, prefieren dejar los hechos vacíos de explicación, antes que hablar de los principios cristianos que les dan vida. Recordemos las guerras de Arauco, cuyas vicisitudes dependían en gran parte de las apreciaciones teológicas que prevalecieran. Lo mismo podemos decir del problema de la esclavitud y del de las encomiendas, para no hablar de las instituciones jurídicas venidas de la Metrópolis para toda la América, e influenciadas siempre por teólogos de la talla de Vitoria o Suárez.

Se podrá discutir —siempre hay quienes discuten— la calidad de la cultura colonial y desear que España y la Iglesia hubieran procedido de otro modo; pero no se podrá negar que España logró imponer su cultura que, lo repetimos, era esencialmente cristiana. Y no es obstáculo a esta interpretación cristocéntrica de la Colonia, el que mu-

chos individuos no se comportaran siempre cristianamente en su vida privada o pública. Está precisamente en la concepción esencial de la Iglesia el que siempre haya defecciones, y por eso su divino Fundador la comparó a diez vírgenes, de las cuales cinco eran necias y cinco prudentes, a una red con peces buenos y malos, etc. Según la doctrina del Número Determinante, tan hábilmente manejada por Hilaire Belloc (1), son los factores determinantes, y no la masa como tal, la que da el tono a una cultura o período histórico. Dice textualmente: "En caso de una religión o más bien de una atmósfera religiosa, la condición principal del número determinante es la de que imponga su contextura o colorido a toda la sociedad. Es probable que en la mayor parte de la Edad Media, la mayor parte de los hombres, en la mayor parte de la Cristiandad practicaban su religión muy poco o nada. Mas no existía la influencia negativa correspondiente. La influencia positiva irradiando desde aquéllos que con más intensidad la practicaban, hacia una faja exterior donde había decaído hasta la extensión, fué lo que dió a Inglaterra, Francia, España, Alemania e Italia de la Epoca, un carácter netamente católico".

(1) "La crisis de nuestra civilización", pág. 328.

Esto es exactamente lo que ocurrió con nuestra Colonia, que tiene tantas semejanzas con el medioevo en Europa. La influencia cristiana irradiada a través del español, no tuvo una fuerza negativa que la contrarrestara, sino la simple inercia de la religión ancestral del araucano, que estudiaremos en el próximo capítulo, y que en manera alguna impidió la fisonomía netamente cristiana de la Colonia.

Y por si para alguno fuere necesario, quiero también explicar que, el concepto de una sociedad totalmente cristiana, no incluye en manera alguna el que la Iglesia tenga en sus manos el poder civil, lo que sería abiertamente contrario al Evangelio, que manda dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Y qué bien entendían esto los reyes españoles que, siendo profundamente cristianos y sintiéndose ellos mismos el brazo secular de la Iglesia, eran, sin embargo, tan celosos de sus prerrogativas temporales, que más bien exageraban el Real Patronato; pero nunca se dejaban dominar por los Papas en asuntos temporales.

Fruto de este influjo de los principios cristianos encarnados en España, fué la perfecta unidad nacional que presidió el desenvolvimiento colonial. Las desaveniencias habidas con frecuencia entre gobernadores, obispos y cabildos, en nada se parecen

a las luchas entre la Iglesia y el Estado que contempla el siglo XIX. Aquéllas son netamente domésticas, y nunca afectan a la Iglesia como tal, ya que ambos partidos eran igualmente cristianos, y reconocían como supremo dirimente de sus reyertas al rey que, no por ser soberano temporal, dejaba de representar a la Iglesia, de quien se sentía su brazo e instrumento.

Pero esta posición privilegiada y trascendente de la Iglesia, va a ser notablemente quebrantada a partir de la Independencia, después de la cual se nota un nítido cambio en su posición histórica. Tres factores principales influyen desfavorablemente, y logran torcer el rumbo de nuestra Historia. En el orden cronológico, hubo en primer lugar una cierta identificación entre la Iglesia y el régimen colonial español. Y era natural que eso se produjera, dada la influencia que ya se ha explicado. No tuvo el clero la amplitud de criterio necesaria para comprender el impulso legítimo de la Independencia y la trascendencia de la Iglesia respecto de los regímenes temporales con los cuales puede convivir muchas veces y obtener así gran utilidad —como sucedió en la Colonia—, pero a los cuales debe abandonar para seguir su impulso eterno, cuando aquéllos ya han cumplido su misión histórica. Y así vemos a una parte del clero

que se abanderiza con la reacción española, haciendo cuestión de religión y no meramente política, la fidelidad al monarca prisionero. El obispo Zorrilla, aunque chileno, con estrechez de criterio y aferrándose a los cánones, hizo una sorda resistencia al gobierno patriota, que finalmente le valió la deportación. Otra parte del clero, a la cabeza de la cual estaba Camilo Henríquez y el obispo Cienfuegos, eran fervorosos patriotas; pero no siempre supieron conciliar sus deberes patrios con sus obligaciones eclesiásticas. Pero no culpemos a ninguno de los dos bandos, ya que en ese tiempo era imposible ver las cosas con la claridad de hoy. Señalemos sólo que es la primera vez que una escisión de esta naturaleza se producía en la iglesia chilena, y no pudo menos de influir en el quebrantamiento de la fe, máxime cuando la victoria de las armas patriotas fué definitiva y se abominó de todo lo que decía relación con el antiguo régimen. Si a lo menos se hubiera podido obtener una prudente abstención de los elementos españolizantes, quizás se habría logrado mantener la unidad espiritual de la República.

Otro factor funesto fué el aislamiento en que quedó la Iglesia chilena —como sucedió también en los demás países americanos—, a raíz de la Independencia. Conforme al régimen colonial,

todo estaba centralizado en la Península, incluso los negocios eclesiásticos, considerándose grave delito el comunicarse directamente con Roma. Recordemos el caso de Santo Toribio de Mogrovejo que, siendo Arzobispo de Lima, fué reprendido por orden del rey ante la Real Audiencia, acusado de haberse comunicado directamente con el Padre Santo. Así pues, cortadas las relaciones con España, quedamos también separados del resto de la cristiandad. Agréguese a esto que el Obispo de Santiago estaba desterrado y sin posibilidades de que ni siquiera el Arzobispo de Lima proveyera al grave conflicto que aquí se había producido. Las Ordenes Religiosas, cuyos Provinciales residían generalmente en Lima o España, quedaron también acéfalas, a lo que solía agregarse la disensión intestina de españolizantes y patriotas, que conmovía los conventos. Todo, pues, contribuyó a que se produjera en la Iglesia una situación caótica, precisamente en el momento decisivo en que el país tomaba nuevos rumbos y era más necesaria que nunca la acción orientadora de la Iglesia. O'Higgins, con ardor de patriota y de cristiano, comprendió que la solución estaba en recurrir directamente a Roma, a fin de que se normalizara la situación producida. Fué el primer gobernante americano que mandó una delegación ante el Va-

ticano, y fué el Vaticano el primer estado europeo que reconoció la soberanía de una nación americana, al enviar a Mons. Muzi como enviado papal. Por desgracia, a la llegada de éste, no era ya O'Higgins quien gobernaba, y su sucesor no tuvo el tino suficiente para conducir las cosas a feliz término, haciendo fracasar la embajada Pontificia.

Pero el factor más importante en el quebrantamiento de la fe era casi imposible de evitar. Al abrirse las puertas de Chile a la libre comunicación con todas las naciones del mundo, es el preciso momento de la plena decadencia española recientemente amagada por la invasión napoleónica, y en que la Francia de la Revolución impone sus ideas al mundo entero. Pérez Rosales nos cuenta cómo los barcos franceses traían la misión de llevar a estudiar a Francia a los jóvenes de las mejores familias. Por otra parte, de esa misma Francia revolucionaria habían venido las doctrinas que impulsaron nuestra Independencia, y ahora nadie ponía trabas a la lectura de los libros que antes eran manjar prohibido. El mundo entero atravesaba por una crisis de irreligiosidad, y la ola de una inmensa propaganda nueva invadió nuestra tierra. Me imagino a Chile como una joven educada en el recluimiento del internado colonial que, una vez salida del encierro, no está preparada para arrostrar

en el mundo el ambiente que es hostil a su fe, y es fácil presa de la moda y de las ideas que ella identifica con su liberación.

Las dos primeras causas de la desintegración religiosa duran un tiempo relativamente breve (veinte o treinta años), no así la última que, en diversas formas, continúa hasta el día de hoy. Mas, sin lugar a dudas, la crisis de la Independencia ha sido profunda y, cuando Portales organiza la República, ya es un hecho consumado la ruptura de nuestra unidad religiosa. Trataremos, pues, en una síntesis breve y esquemática, de fijar la posición de la Iglesia en el período republicano.

La nación como tal no ha dejado de ser católica; pero ha surgido una selecta minoría, no muy apreciable por el número, mas sí por su influencia y valer, que se ha separado del regazo de la Iglesia. El agnosticismo europeo ha franqueado nuestras fronteras, y sus hombres tendrán una actuación muchas veces decisiva en la orientación general del país. El mismo Portales no era creyente, aunque con criterio realista se estableció en la Constitución de 1833 que la religión católica era la oficial del Estado. La masa del pueblo sigue adherida a la fe tradicional y una buena parte de la aristocracia de la sangre y del intelecto; pero la minoría agnóstica se robustece cada día más, aviva-

da por el soplo de la propaganda de doctrinas exóticas, y con lentitud y seguridad va socavando los principios tradicionales. Entonces, sobre una masa católica, pero casi inerte, dos minorías se disputan la hegemonía del país. La minoría agnóstica es audaz y progresista. La católica, tenaz y conservadora. La lucha está entablada hace más de un siglo, sin que ninguna de las dos logre una victoria decisiva. Tal vez podríamos resumir la situación general, concretándola al problema universitario. La Universidad de Chile, que debió ser la continuación de la de San Felipe, pasa a ser un feudo de la masonería. Cuando la Iglesia pierde la esperanza de tener allí el control religioso, funda la Universidad Católica, menor que la de Chile; pero también de gran valor y no despreciable antagonista de la primera. Mas no abandona el primer campo de batalla, donde cuenta siempre con un buen porcentaje del alumnado y aun algunos profesores. Pero a los ojos de todos, la Universidad de Chile representa el espíritu laico y es un gigante frente a la Católica.

Se produce un fenómeno triste. Los principios cristianos, que eran el alma de toda la estructura colonial, van siendo reemplazados por otras formas de vida, y la inmensidad de nuestro pueblo católico, va sirviendo de materia prima al servicio

de otras ideologías, que ponen su etiqueta, a lo que muchas veces se hace con dinero y sacrificio de católicos. Cito la Cruz Roja, institución laica, formada generalmente por señoras católicas. A pesar de sus inmensos esfuerzos, la minoría arreligiosa no logra descristianizar el país; pero va lentamente laicizándolo y preparando el terreno para futuras conquistas, principalmente en el campo político y educacional. Los católicos, que se mantienen muy unidos y enérgicos en la defensa de los principios dogmáticos y en la defensa de la fe, parecen haber perdido la vitalidad que tuvieron en la Colonia para abordar los problemas de orden humano, y así, habiendo luchado tanto la Iglesia en el período anterior contra la esclavitud de los indios, cuando a raíz de la Independencia se decreta la libertad de los negros, son los propios clérigos los que ponen obstáculos, negándose a inscribirlos como libres en las partidas de Bautismo (1). Pero no siempre la Iglesia adopta esta actitud intransigente, sino que generalmente hace esfuerzos extraordinarios en el terreno intelectual, benéfico y social, que no logran, sin embargo, pleno éxito: la educación y la beneficencia están hoy en poder de la

(1) Guillermo Feliú Cruz: "La abolición de la esclavitud en Chile", pág. 72. Santiago, 1942.

masonería, y los obreros son dominados por partidos marxistas. Pero, en cambio de esta especie de impotencia de la Iglesia chilena para luchar y vencer en la primera línea de estos campos de batalla —aunque haya obtenido muy honrosos e importantes triunfos secundarios—, es inmensamente fuerte e irreductible en el campo de la tradición. Tres siglos de coloniaje han logrado imponer al país el sello imborrable del catolicismo. Bajo las apariencias más exóticas, la nación sigue siendo católica. La minoría no católica no ha logrado imponer su fisonomía a la nación, porque actúa sobre una masa que no quiere dejar de ser cristiana, y así, cuando dos o tres dirigentes marxistas logran poner la etiqueta socialista o comunista a un sindicato completo, formado casi entero por católicos, tienen buen cuidado de disimular el antagonismo entre ambas doctrinas. Además, no puede haber paralelo entre la influencia de la minoría católica de la Colonia y la no católica de la República, porque aquélla se ejerció sin contrapeso, y ésta debe sufrir la influencia neutralizante del catolicismo y con frecuencia una seria competencia en todos los campos de la lucha. Sin embargo, hemos de reconocer que falta a la Iglesia una mayor vitalidad, imprescindible para recuperar la hegemonía espiritual sobre toda la nación.

Según opinión del célebre P. Charles, que nos visitó en 1944, el catolicismo chileno carece de potencia creadora. Según él, es de tipo tradicional, entendiendo esta palabra en el sentido de rutinario. Y es efectivo. Más de un siglo de actitud eminentemente defensiva, casi nos ha imposibilitado para ponernos en primera línea de ataque. Hemos temido ser los primeros, y después . . . ni siquiera hemos podido ser los últimos. Recordemos sólo los sindicatos y los scouts. Y en la vida apostólica, tal como en la vida espiritual, quien no avanza, retrocede. Por eso, me parece de suprema conveniencia intentar un cambio en nuestra actitud histórica. Dejar la posición eminentemente (no exclusivamente) defensiva, para tomar otra de más iniciativa y espíritu creador, que permita a los principios cristianos ser el alma y vida de toda actividad nacional. No alcanzaremos probablemente la total hegemonía de que gozamos en la Colonia, pues ya no podremos librarnos de la minoría no católica; pero se podrá reducirla a sus justos límites y que tenga una influencia que diga relación con el número de sus efectivos. Nosotros, en cambio, tenemos a nuestro favor todo el peso de la Historia y, si hemos de devolver a nuestra patria su unidad religiosa, si el cristianismo ha de ser nuevamente el alma de nuestra nacionalidad,

hemos de apoyarnos fuertemente en esa tradición que no ha muerto, sino que se mantiene latente. De esa tradición hemos de extraer las energías y enseñanzas necesarias para afrontar los problemas de hoy, no con la misma modalidad, mas sí con la misma fuerza y vitalidad con que lo hicieron los cristianos en la Colonia. Para unirnos al espíritu de nuestra tradición, o mejor dicho, para avivar nuestra conciencia de ella, hemos de apresurarnos a recorrer cuatro sendas: intensificación de la vida interior, unión de los conceptos de patria y religión, mayor vinculación con la España eterna, y estudio de nuestra historia patria.

Cuanto a lo primero, hemos de recordar que en el cristianismo toda actividad externa es reflejo de la vida interior. Si la posición del cristiano es hoy día débil, se debe primariamente a un debilitamiento de la fe y del fervor religioso. En cambio, cuando la fe es intensa, el espíritu emprendedor se presenta espontáneamente lleno de pujanza, tal como sucedía en la Colonia. Lo mismo que en el individuo, sucede en la Iglesia tomada como sociedad. Un florecimiento cristiano no puede provenir de obras puramente humanas, sino que se requiere el soplo vivificante del Espíritu de Dios. Todo lo que hagamos por intensificar nuestra vida interior, por acercarnos a Cristo, se ordena tam-

bién a encender en nosotros ese ardor y espíritu de iniciativa que se manifiesta en una potente actitud creadora.

El segundo punto se refiere a la vinculación de los conceptos de Patria y Religión. Desde el momento que el catolicismo llegó a ser el alma de nuestra nacionalidad, no solamente en la Colonia, en que dominó sin contrapeso, sino aun en el período culminante de la Independencia, ya que los grandes patriotas fueron también grandes cristianos, tenemos la posibilidad y el deber de identificar en nuestra tierra ambos conceptos. Ya existe de hecho una gran vinculación. Se trataría sólo de estrecharla e intensificarla. Y como monumento grandioso de estos conceptos que encarnan el alma nacional, nada me parece más apropiado que el Templo Votivo de Maipú, en que la Patria entera se pone a los pies de la Virgen del Carmen para cumplir el voto de O'Higgins en el momento decisivo de nuestra Independencia. Ese templo debe ser, pues, la manifestación concreta y grandiosa de esta vinculación de los conceptos de Patria y Religión.

Y no sin temor de ser mal interpretado, me referiré ahora a España, mas no a esa España que, como todas las cosas es mudable y susceptible de discusión, sino a aquella otra España eterna, aqué-

lla que permanece a través de todas las vicisitudes, y que tuvo su más grandiosa expresión en la epopeya de América. Con aquélla se puede o no estar de acuerdo: depende de doctrinas temporales y apreciaciones de hechos. Con ésta, en cambio, con la eterna, nunca podemos estar en desacuerdo sin afirmar nuestra propia negación. Esa España vino a América, se encarnó en estas tierras, y es el alma de nuestra historia y de nuestra psicología. Las naciones de América somos como esos hijos privados del influjo benéfico de sus padres antes de llegar a su madurez. Eramos muy niños cuando nos separamos de ella. No sentimos inmediatamente su pérdida, con la inconsciencia también de los niños; pero ahora, que hemos dado tantos pasos en falso y hemos corrido tras tantas doctrinas exóticas, que sólo nos han dejado la amargura de la desilusión, ¿quién no siente como una necesidad nacional el cobijarnos en el regazo de España? Se ha hablado tanto contra ella, a tal punto se la ha desfigurado, que sus mismos hijos casi no la pueden conocer. Y ahora, que tantas ideologías se disputan nuestra tierra con su propaganda, sólo España parece haberse olvidado de nosotros. Tomemos entonces la iniciativa, y pidámosle que quiera seguir preocupándose de nosotros, nutriéndonos con su clásica cultura, y con el heroísmo y el fervor de su

fe. Quizás esta misma actitud nuestra hará bien a España. Volverá a sentirse madre de veinte naciones y un estremecimiento de juventud florecerá en su seno. ¿Es acaso la primera vez que una madre, a la vista de su hijo, saca fuerzas que para sí misma no tiene?

Finalmente, se impone una revisión de nuestra Historia. Sus mejores cultivadores, con Barros Arana a la cabeza, trabajaron en el siglo XIX, cuando todavía se estaba bajo la reacción antihispánica, tan explicable; pero que se prestó a tantas injusticias. Además, si exceptuamos a don Crescente Errázuriz, nuestros historiadores no estaban psicológicamente preparados para comprender los factores religiosos de nuestra Historia. Sin conocer la religión y sintiendo por ella profunda aversión, ¿cómo se puede producir ese sentimiento de cálida simpatía bajo el cual se establece la comprensión de los individuos y de los hechos históricos? De ahí entonces esa triste paradoja, que siendo católica nuestra Historia real, sea anticatólica nuestra Historia escrita. Idéntico fenómeno se ha producido en Europa y de ello se queja el historiador inglés Hilaire Belloc. Pero, teniendo a nuestro favor el peso de los hechos y la fuerza de la tradición, sólo nos resta ponernos con decisión al trabajo de estudiar nuestra Historia. Por desgracia, desaparecida ya esa generación de

prelados historiadores como Crescente Errázuriz, Muñoz Olave, Silva Cotapos y Silva Lezaeta, atravesamos ahora por una crisis de historiadores católicos. Cierto es que en la Academia Chilena de la Historia predomina el elemento católico y que se anuncia también la creación de una Academia de Historia Eclesiástica Chilena; pero la verdad es que no tenemos ningún historiador de nota que pueda parangonarse con Encina, por ejemplo. Cuán útil sería que en los Seminarios y principalmente en la Facultad de Teología se abrieran cursos de Historia Eclesiástica Chilena. Así, a lo menos el clero, saldría vinculado a nuestra gloriosa tradición.

Supuestas estas cuatro bases, ¿sería una utopía pensar en un mejoramiento de nuestra posición histórica? El hombre no puede avanzarse a los designios divinos; pero, cuando miradas serenamente las cosas entendemos una obligación expresada por la enseñanza del pasado, ¿no podemos sentirnos solicitados por la Divina Providencia para el cumplimiento de los planes divinos?

II. CORRIENTES SUBTERRANEAS

En el capítulo anterior afirmamos que nuestra patria fué evangelizada, y aun que el catolicismo había llegado a ser el alma y forma de nuestra cultura colonial. No para desvirtuar ese aserto, sino para reducirlo a sus justos límites, hemos de estudiar ahora la calidad de ese cristianismo. Si antes miramos nuestra religión desde el punto de vista de su posición histórica, descendamos también a sus profundidades psicológicas. Y para evitar mal entendidos, comencemos por definir qué entendemos por un católico. El catecismo exige tres cualidades del católico: la fe en las enseñanzas de la Iglesia, la comunión de los sacramentos y la obediencia a la jerarquía. En cuanto a la fe, exige como mínimo que

conozca las cuatro verdades de necesidad de medio, y que no niegue explícitamente ninguna; de los sacramentos, sólo exige como estrictamente obligatorio el Bautismo; y en cuanto a la obediencia, que reconozca la autoridad del Papa y de los obispos. Estas son, diríamos así, las exigencias mínimas. ¿Y cuán es el programa máximo? Es tan alto y elevado que ni los mismos santos lo han vivido en su plenitud, como que exige la perfección del mismo Padre Celestial: "Sed santos, así como vuestro Padre Celestial es santo". Entre ambos extremos hay una gama infinita, en que siempre van mezcladas en diversas proporciones las gracias divinas y las miserias humanas; pero cualesquiera que sean los grados de imperfección, a ninguno podemos quitarle el título de católico. En el orden intelectual, se mezclan las luces de la fe, con las sombras de la ignorancia y del error; y en la vida moral, vemos los heroísmos del santo junto a las claudicaciones del pecador. Y esto es lo normal, mientras vivamos en este valle de miserias e imperfecciones. Supuesta, pues, esta doctrina de la Iglesia, tratemos de ver las diversas capas o zonas de cristianismo y de paganismo que se mezclan en nuestra religiosidad. El mismo proceso histórico nos servirá de base para ir considerando los diversos sedimentos que ha dejado en nuestra psicología religiosa.

En la evangelización de los indios, se produjo un fenómeno común a toda la América: la mentalidad indígena aceptó primero las formalidades y exterioridades del cristianismo, pero conservó su antiguo espíritu pagano. Jaques de Lauwe (1), con su fino espíritu de observación, ha descrito muy bien este fenómeno continental, que subsiste hasta el día de hoy: "Al cambiar de religión, el indio no cambió de mentalidad, sino que fué la esencia misma de la religión la cambiada por él. El poder que atribuía a sus totems, a los dioses primitivos, a quienes honraba, lo atribuyó al Dios cristiano y a sus santos, nuevos detentores del "mana".

"El indio convertido encarnó sus antiguas divinidades en estos nuevos personajes. Adoró a Cristo como había adorado al sol, pero le atribuyó los caracteres que tenían sus antiguos dioses".

"Pero al lado de ella (la religión católica) se alza la religión india de los primeros ocupantes. La primera parece haber suplantado a la otra, pero, así como el triunfo de la dominación blanca no ha eliminado del continente la presencia del elemento cobrizo, el triunfo de la religión católica no ha suprimido la existencia de la religión india; y la vic-

(1) "La América Ibérica", págs. 82, 74.

toria de la religión católica es, tal vez, más aparente que real".

Todo esto es muy efectivo, si tomamos la totalidad del continente, en lo que a los indígenas se refiere. Reúnen ciertamente las tres condiciones esenciales para ser considerados como católicos, pero cuánto de pagano hay en el espíritu de ese catolicismo? Y nuestros enemigos lo saben. Así, por ejemplo, los protestantes justifican sus misiones en la América Latina, sobre la base de este cristianismo deficiente: "Se estableció en todo el continente un catolicismo nominal. Aunque ningún historiador imparcial negaría el celo apostólico y el espíritu abnegado de muchos de los primeros misioneros católico-romanos, especialmente de Bartolomé de las Casas, difícilmente puede afirmarse que el trabajo de tres siglos haya operado una transformación radical en la vida de los pueblos nativos; y cuando comenzó el moderno movimiento misionero protestante hace alrededor de un siglo, había en la América Latina vastas poblaciones tan necesitadas del Evangelio de Cristo como pueden estarlo los pueblos de Africa o de Oriente. Esto constituye la pauta y la indiscutible justificación de la misión cristiana en la América Latina" (1).

(1) "Informe oficial de la Conferencia del Consejo Misionero Internacional", pág. 233. Buenos Aires, 1939.

Si esto ha ocurrido en todo el continente, no podemos decir otro tanto de Chile, donde casi no se ha conservado el indio puro, sino que ha llegado a nosotros en el fuerte porcentaje de nuestra sangre mestiza. El araucano resistió a las armas y a la religión de los españoles. Fuera de algunos éxitos aislados, podemos decir que las misiones, tanto de los jesuitas como de los franciscanos, resultaron un fracaso. Propiamente el indio no se cristianizó. A los de Arauco ya nos hemos referido, y en cuanto a los que trabajaban en las encomiendas, estaban en tal abandono espiritual, que algún obispo presentó la renuncia de su cargo, urgido por su conciencia ante la imposibilidad de remediar el mal (1). Es lugar común en las cartas de los obispos al rey, el quejarse del abandono religioso y de cómo los encomenderos no cumplen con la obligación de tener doctrina para los indios. Pero los indígenas, a excepción de Arauco, ya casi han desaparecido al final de la Colonia y no son el objeto directo de nuestra atención. Más valor de actualidad tiene considerar al mestizo, para ver cómo asimiló el cristianismo.

El proceso de la formación de nuestra raza era primitivamente así: el soldado español se unía

(1) Iltmo. Fr. Diego de Humanzoro, el 15 de marzo de 1664. D. A. S. 256.

con varias indias cogidas como botín de guerra o que a él le estaban encomendadas. La mujer entonces, y con mayor razón los numerosos hijos, habían de bautizarse y ser cristianos, mas aquélla no abandonaba sus antiguas costumbres, y era ella, la madre, la que estaba más cerca de los hijos y la que se preocupaba de su formación. Y así, por sangre y por educación, iba quedando en esos neocristianos un fuerte sedimento de la religión araucana. Al mezclarse después más la raza, aunque se alejaban del primitivo origen araucano, estos sedimentos de las creencias y prácticas ancestrales se transmitían como corrientes subterráneas a través de tradiciones y usos que, teniendo un barniz cristiano, respondían, sin embargo, a la mentalidad indígena. Para comprender entonces la religiosidad de nuestro pueblo, hemos de tener algunas nociones de la religión araucana, a la vista de la cual no nos será difícil descubrir la psicología nativa, en muchas prácticas y devociones.

Tratemos de sintetizar los principales rasgos de la religiosidad araucana, principalmente en lo que a nuestro tema se refiere. A la llegada de los españoles había signos evidentes de totemismo, aquella inclinación tan común en los indígenas de todas partes, a atribuir a algunos seres, principalmente animales, una determinada vinculación con la tri-

bu, de la cual piensan generalmente que es el protector, y a los que tratan de mantener gratos con especiales demostraciones de deferencia. Don Tomás Guevara, en su obra "Chile Prehispánico" (1), hace la siguiente afirmación: "Vestigios totémicos son entre los araucanos el respeto con que se nombran algunos animales, como el león; algunas aves, como el cóndor".

Pero el totemismo estaba, en verdad, en decadencia y era reemplazado ventajosamente por el animismo. Del totemismo, que versa principalmente sobre supuestos espíritus de animales y aun plantas, como el canelo, árbol sagrado de los araucanos, habían pasado al culto de los espíritus de los antepasados o animismo. Dice el mismo señor Guevara en la obra ya citada: "Muchas creencias y prácticas constituían un ritual metódico para mantener fresca la memoria de los mayores e inclinar a la voluntad de los espíritus en favor de los deudos vivos. Pero esta veneración de los espíritus no se refería a los extraños, de quienes no era lógico esperar protección. Se limitaba a las almas de los ascendientes". "Para tener propicios a los muertos, celebraban los araucanos antiguos el aniversario anual sobre la tumba de sus deudos con sacrificios

(1) Pág. 395.

de animales, ofrendas y otras demostraciones de respeto y recuerdo. Tal solemnidad constituía, por cierto, un caso verdadero de veneración a los ascendientes" (1).

Sin embargo de ser tan importante el culto de los antepasados, sólo constituía la mitad de las preocupaciones religiosas del araucano: existían también los "huecufos" o espíritus malos, y el poderoso "Pillán". "Lo que se presenta como base fundamental de las antiguas y modernas representaciones religiosas de los araucanos, es un dualismo de espíritus buenos y malos" (2).

Tal influencia tenía y era de tal importancia esta dualidad de espíritus, que en la vida ordinaria del araucano habían prácticamente desaparecido las explicaciones de orden natural, para ver en todo la causalidad de buenos o malos espíritus. Esto dió lugar a múltiples supersticiones, en que el indio vivía como sumergido y que abarcaban todas sus actividades. "La vida del indígena era un interminable tejido de supersticiones, que se interpretaban en sentido favorable o adverso al individuo" (3).

---

(1) Guevara: Op. cit., págs. 415 y 418.
(2) Guevara: Op. cit., pág. 435.
(3) Guevara: Op. cit., pág. 406.

Otro rasgo típico de la religiosidad araucana es su utilitarismo. No atienden tanto a dar culto a la divinidad, como a obtener provecho personal y material a través de ese culto. "Los araucanos, son más formalistas que los pueblos de religión organizada. Las ceremonias no se realizan como actos de culto o muestras de deferencia a los espíritus, sino para pedirles salud y lluvias que incrementen su bienestar material" (1).

En resumen, podemos entonces decir que la religión araucana es totemista, animista, supersticiosa y utilitaria.

Veamos ahora si estos rasgos o notas típicas perseveran en nuestro actual catolicismo chileno, principalmente en el pueblo. Y desde luego, llama la atención, para demostrar la posibilidad de un enlace de ambas religiones, que el "Pillán", espíritu malo que antes individualizaba fenómenos múltiples y poderosos, como la erupción de los volcanes, ahora, en el araucano moderno, es sinónimo del "demonio" cristiano, cuyo concepto, introducido por los misioneros católicos, ha desplazado la antigua concepción.

Entre el "totem" protector de la tribu o de la familia y el "santo" cristiano, protector de una

(1) Guevara: Op. cit., pág. 447.

nación o de un pueblo, no se puede negar una gran similitud externa, que es la que capta primero la mentalidad indígena y esta semejanza basta para que, cambiados los nombres, persevere la misma actitud interna. Todo párroco sabe, por experiencia cuotidiana, cuán fácilmente se acogen las devociones a los santos, y cuán difícilmente se consigue que los feligreses adoren a Dios "en espíritu y en verdad". Las distinciones teológicas están en los libros y en la comprensión de unos pocos, mas, qué bien comprende esta mentalidad totémica de nuestro pueblo el "evangélico", que impugna como idolátrico el culto de los santos. Generalmente no los convence, porque los santos tienen en su favor el instinto tradicional; pero algunos, que son verdaderamente sinceros, que aman al Dios espíritu trascendente, con qué vehemencia se vuelven contra el exagerado culto de los santos que existe en nuestro pueblo y aun entre cristianos de mayor cultura. Recordemos a esos militares que hacen profesión de no creer en nada, excepto en la Virgen del Carmen, Patrona de nuestro ejército.

La devoción a las ánimas del purgatorio, junto con el culto de los santos, suelen ser las devociones fundamentales de muchos católicos. Recuerdo que en una misión en el Hospital del Salvador, siendo yo seminarista, un enfermo se negó a confesarse con

esta frase: "Yo no tengo nada que ver con Dios. Soy devoto de Fray Andrés y de las almas del purgatorio". ¡Cuántos casos semejantes he encontrado después en mi vida sacerdotal! A través de ininterrumpidas corrientes subterráneas, ese culto a los espíritus de los antepasados, característico de los araucanos, ha perseverado en nuestra psicología religiosa, y sale al exterior envuelto en el dogma del purgatorio. La estructuración doctrinal es perfecta. No habría nada que objetar. En la práctica, sin embargo, se le da una importancia exagerada, que no tiene en la armonía de nuestros dogmas, y tal como en el caso de la devoción a los santos, se establece aquí una verdadera finalidad que impide el ascenso del alma hasta Dios. Estas devociones, entonces, en vez de servir de medio y camino hacia la divinidad, se convierten en verdadero obstáculo para la unión con Dios.

Si el totemismo y el animismo han podido vaciarse en moldes perfectamente ortodoxos, consistiendo su vicio sólo en su exageración, no ocurre lo mismo con las supersticiones que se han conservado casi intactas. No se han hecho estudios completos sobre las supersticiones de nuestro pueblo (1),

(1) Julio Vicuña Cifuentes: "Mitos y supersticiones recogidos de la tradición oral chilena". Revista Chilena de Historia y Geografía de 1914 y 1915.

pero salta a la vista que abundan en gran manera y que un fuerte porcentaje de ellas es de origen araucano. Muchas veces se presentan también con un barniz cristiano, como cuando se usa un escapulario como amuleto, o solicitan una vela bendita para encontrar un entierro. A veces, como sucede, por ejemplo, con los exorcismos para la concunilla, las preces son rezadas con un espíritu perfectamente litúrgico por el sacerdote, y solicitadas y acompañadas por los campesinos con un ánimo netamente supersticioso.

Y donde tal vez sobresale con mayor nitidez nuestra mentalidad araucana, es en el espíritu utilitario con que practicamos nuestra santa religión. "Do ut des". Pasa desapercibida la religión amor, para ceder paso a la religión utilidad. ¿Quién no sabe que nuestras relaciones con Dios se simplifican en la monotonía del pedir? El alma no vibra con la adoración ni con la acción de gracias, entiende a medias la propiciación, y se extiende en peticiones interminables de orden espiritual y más generalmente terreno.

Además de la influencia araucana, hemos de considerar en nuestro catolicismo los factores provenientes del bajo pueblo español. Históricamente, la evangelización de nuestra raza no se verificó tanto por el trabajo didáctico de los sacerdotes, como por

la influencia personal del pueblo español, por dos motivos. Salvo en las ciudades, la catequización sólo era esporádica y de todo punto insuficiente. En cambio, y ésta es seguramente la causa fundamental, psicológicamente la mentalidad del indio estaba más cerca de las prácticas tradicionales del pueblo, que de los sermones teológicos de los sacerdotes. El mestizo, hijo del conquistador, se incorporaba a la vida de su padre y participaba desde su infancia en todas las devociones y prácticas españolas. En el análisis que estamos haciendo de los diversos factores de nuestro catolicismo, no podemos, pues, dejar de considerar la religiosidad del pueblo español. Veamos entonces las principales características que dicen relación con este tema.

Anotamos, en primer lugar, una grande y laudable devoción a la Sma. Virgen María, cuya Inmaculada Concepción se defendía paladinamente. Había, sin embargo, la inclinación a acentuar más el título o advocación que la misma persona de María, y así, tal como sucede aún hoy, se establecían rivalidades entre los devotos de diversas advocaciones. Pero era una pequeña sombra en un cuadro luminoso. La devoción a los santos —al Apóstol Santiago— era igualmente ardiente y se avendrá muy bien con los vestigios totémicos de los araucanos.

Las manifestaciones del culto eran muy externas y ruidosas. Los mismos jesuitas, que establecían cátedras universitarias para la clase alta, movían al pueblo por medio de novedosas procesiones y cofradías. Además de los actos de culto público, realizados generalmente bajo la dirección del clero, existían numerosas devociones de carácter doméstico o local, como aquellas imágenes o capillas en sitios apartados, donde la piedad de los fieles mantenía siempre encendida la llama del fervor. Podemos decir que, junto a la liturgia oficial, existía otra muy difundida de características netamente populares y españolas.

Otra nota típicamente española era el divorcio entre la fe y la moral. Parece que desde los lejanos tiempos en que debieron reconquistar la Península de la dominación morisca, no corrían a parejas la fe con la moral, urgidos como estaban los cristianos por las crueles necesidades de la guerra. En todo caso, es un hecho no negado, muy explicable por la pérdida del ambiente cristiano de la patria y por las nuevas condiciones de vida, que al trasplantarse al Nuevo Mundo, los españoles sufrieron un quebrantamiento en la moral, mas no así en la fe, que permaneció inalterable. Este fenómeno se tradujo en el aserto de que "el español puede perder el cuerpo mas no la cabeza". Y aquí en Chile, donde por

las necesidades de la guerra de Arauco, vinieron casi puros hombres que se mezclaron con múltiples concubinas araucanas, las uniones ilícitas se constituyeron en institución permanente hasta muy avanzada la Colonia . . . y las vemos en gran parte hasta nuestros días.

Veamos ahora la perseverancia de estas características en el catolicismo de hoy. La modalidad e intensidad de la devoción a la Virgen se ha mantenido intacta hasta ahora, sólo que en vez de la Pilárica, tenemos a N. Señora del Carmen. Lo mismo podemos decir de la devoción a los santos, acentuada con la tendencia totémico araucana.

El exteriorismo religioso de nuestro pueblo se manifiesta principalmente en su preferencia por las procesiones, sobre todo otro acto de culto, sin excluir la misma Misa. Se expresa en ese dicho común de que los españoles sólo nos dejaron tres sacramentos: el Bautismo, la Confirmación y las procesiones. He conocido hombres que, por cargar el anda en la procesión del Señor Resucitado, ya creen haber cumplido sus deberes religiosos para todo el año.

Pero, además de estos aspectos defectuosos, la piedad tradicional española se mantiene, principalmente en nuestros campos, donde los villancicos de Navidad, la velación de angelitos, las noches en vela entonando a la Virgen o a la Santa Cruz "can-

tos a lo divino", etc., etc., mantienen una ferviente piedad donde la presencia del sacerdote es casi imposible.

Y, triste es decirlo, hemos heredado con mucha persistencia esa facilidad para desligar la fe de la moral. Todos conocemos al "católico a su modo", que no quiere dejar su cristianismo, ni tampoco su pecado. Cada uno de nosotros sabe de innumerables ejemplos.

Durante la República, dos influencias principales han venido a sumarse a las anteriores: el liberalismo en la clase alta, y el marxismo entre los proletarios.

El siglo XIX fué el siglo del liberalismo y del laicismo, y Chile no podía librarse de ese acontecimiento universal. Ya vimos en el capítulo anterior la influencia que estas tendencias tuvieron en la formación de una minoría arreligiosa; ahora señalaremos la influencia del liberalismo dentro de las propias filas católicas. Y desde luego, podemos denunciar un descenso general en el fervor piadoso y en el lugar que ocupa la religión entre las demás preocupaciones y problemas. Los paladines de la causa se exaltan en la lucha religiosa; pero la masa como tal va desentendiéndose lentamente de los problemas de orden religioso, hasta que dejan de ocupar el primer plano de las preocupaciones ciudadanas. Cuando en 1925 se separa la Iglesia del Estado, la

escisión no produce trastorno, porque ya estaba preparada.

Otro efecto del liberalismo fué ir arrinconando en la sacristía y en la intimidad de la conciencia las manifestaciones del culto. Aparece la famosa distinción entre vida privada y vida pública, estimándose que la religión sólo está bien en aquélla. Muchos católicos así lo entienden y van haciendo un desdoblamiento de su personalidad, que finalmente acabará con todo vestigio de cristianismo. Es frecuente el caso de católicos inscritos y militantes en partidos políticos anticatólicos. Y esta reducción del cristianismo al terreno privado de la propia conciencia, preparó el terreno a la aceptación de doctrinas sociológicas y económicas de tipo netamente liberal, propagadas muchas veces por catedráticos de la propia Universidad Católica y participadas, a veces, por el mismo clero. De aquí la fuerte oposición que han encontrado en nuestras propias filas las encíclicas sociales de León XIII y Pío XI.

Y si el liberalismo se ha difundido principalmente entre las personas de cierta cultura, la doctrina marxista, encarnada en los partidos socialista y comunista, ha causado los principales estragos entre el pueblo. Ha llegado muchas veces a constituir una verdadera religión —la religión del pueblo—, en oposición del catolicismo —la religión de los

ricos—. Pero a este punto nos referiremos más especialmente en el capítulo dedicado al problema social.

La conclusión que se sigue de esto es la necesidad imprescindible de avanzar hacia el mejoramiento de la calidad de nuestro catolicismo chileno, si queremos cumplir aquel otro anhelo de mejorar nuestra posición histórica. La razón de la eficacia de la minoría agnóstica y de nuestra debilidad frente a ella, no se debe al número, sino a nuestra calidad. Con las taras de nuestro catolicismo, no podemos aspirar a enfrentarnos con las potencias del mal. Tienen mucho que criticarnos, porque a la Iglesia no la estudian en las palabras del Salvador, sino en la actuación de sus hijos. Y de nuestra parte, la eficacia de los esfuerzos que hagamos, no dependerán tanto de los medios humanos, como de la pureza de nuestra fe y de nuestra unión con Cristo. ¿Qué hacer entonces para mejorar la calidad de nuestro catolicismo?

Hemos de comenzar por cambiar de método en la formación de nuestros niños. Hasta la fecha se les ha incorporado al tren tradicional de nuestra vida religiosa, con algunas nociones elementales de rezo y doctrina cristiana; sin ejercer sobre ellos una influencia doctrinal profunda. Y ahora que en los hogares no se les enseña y los mismos catecismos

parroquiales son tan poco concurridos, ¿qué podemos esperar de esa formación puramente tradicional, en que el niño es católico por imitación y porque sus padres, o con más frecuencia su sola madre lo es? La proporción de los que actualmente reciben instrucción religiosa en los colegios y escuelas es de todo punto insuficiente, y tenemos un veinte por ciento de niños que no asisten a la escuela. Existe entonces el gravísimo problema de enseñar a esa masa ingente de niños, cuyos padres, diciéndose católicos, nada hacen, sin embargo, por la formación religiosa de sus hijos. Demás estará decir que este esfuerzo deberá proyectarse en sentido extensivo e intensivo a la vez, ya que una clase deficiente —que suele ser lo más corriente— no basta en manera alguna para formar un cristiano integral.

Hace también mucha falta trabajar en la formación de los adultos. Además de la Acción Católica que prepara laicos selectos, hemos de propagar difusamente la enseñanza católica, valiéndonos del libro, la conferencia, la radio, el cine, etc., etc.

Para la formación de nuestro pueblo, se impone un aprovechamiento del folklore nacional. Hemos de comenzar por estudiarlo para captar las vivencias religiosas del pueblo, hemos de señalar aquello que sea francamente nocivo, como tantas supersticiones que habría que exterminar. Principalmente,

habría que conocer y cultivar tantas devociones tradicionales españolas que, teniendo en su favor la fuerza de la tradición, encuentran el terreno preparado. No con innovaciones exóticas, sino hablándole en su propio idioma es como nos adentraremos en los corazones. Aun podemos aprovechar prácticas paganas que ya bautizaron los antiguos misioneros, como son aquellos "bailes de chinos" — danzas indígenas con letra cristianizada— y que subsisten aún en todo el norte chileno.

En una palabra, todo lo que sea desvanecer las tinieblas de la ignorancia con la propaganda de nuestras doctrinas, todo lo que sea llevar a un conocimiento y vida de unión con N. S. Jesucristo, nos acercará al auténtico cristianismo, condición indispensable del mejoramiento de nuestra vida espiritual y del mejoramiento de nuestra posición histórica.

III. LOS OPERARIOS DE LA MIES

Por los capítulos anteriores, ya podrá apreciarse, siquiera en grandes líneas, la inmensa tarea que la Iglesia en Chile tiene aún por realizar. La gracia de Dios ciertamente que no ha de faltar; pero hacen falta operarios que, con un trabajo incesante, cultiven la viña que Jesucristo regó con su sangre. ¿Y quiénes son los operarios sobre cuya conciencia pesa tan formidable tarea? En verdad que la obligación recae sobre la totalidad de los católicos, puesto que ninguno está exonerado de trabajar por el reino de Cristo. Pasaron ya los tiempos de catolicismo liberalizado, en que los seglares no se creían obligados al apostolado y, gracias a Dios, cada día aumenta el número de aquéllos que, en las filas de la Acción

Católica, no pueden comprender las prácticas de piedad ni la recepción de los sacramentos sin las irradiaciones del apostolado. Sin embargo de esta consoladora realidad, sigue siendo un hecho inconcuso que la dirección y mayor responsabilidad en este apostolado, y aun gran parte de su trabajo material, recae en el clero y principalmente en la jerarquía. Por eso, vista ya a grandes rasgos la tarea por realizar, consideremos ahora el problema sacerdotal para ver la importancia imprescindible del clero y los efectivos con que cuenta la Iglesia Chilena para el cumplimiento de su misión.

Comencemos por mirar las cosas siquiera con un criterio humano. En este siglo de especialistas, resalta como nunca la necesidad del especialista en religión, en apostolado que es el sacerdote. Si se ha dicho que un oficial puede formar mil soldados; pero que mil soldados no pueden formar un oficial. Lo mismo podemos decir del sacerdote respecto de los seglares. Toda la acción apostólica que desarrollen los seglares estará condicionada por la acción de formación que, a su vez, los sacerdotes les hayan dado. Y mientras el seglar deberá dividir en cierto modo su vida entre Dios y sus obligaciones personales y familiares, el sacerdote se consagra de lleno al cultivo de la viña del Señor. Y entonces, como en una empresa cualquiera, los especialistas que le

consagran toda su vida, ejercen una influencia inmensamente mayor que la masa, así también el sacerdote en la Iglesia, aun mirado humanamente.

Pero es en el plano espiritual donde más resalta su importancia. La empresa de hacer un cristiano es enteramente sobrenatural. Esa vida divina que habita corporalmente en Cristo y que de El rebalsa como de una fuente, ha de llegar también al alma de cada cristiano para ser el principio de una vida nueva, o mejor dicho, de la misma vida de Cristo que se injerta en nosotros. No por un esfuerzo nuestro, sino por una donación de la gracia, es como llegamos a ser cristianos de verdad. Y esa gracia divina llega a nosotros por siete misteriosos canales llamados sacramentos. Y los ministros de esos sacramentos son los sacerdotes, desde que ponen en nuestra frente el agua bautismal, hasta que ungen nuestros sentidos en el momento de la muerte. Cada vez que pecamos —y el justo cae siete veces al día— ellos tienen poder para reconciliarnos con Dios: "A los que perdonareis los pecados, les serán perdonados y a los que se los retuviereis, les serán retenidos". Es también el sacerdote quien consagra el pan y el vino, convirtiéndolos en el cuerpo y sangre del Señor: "Haced esto en memoria mía", y él también coloca la hostia sobre nuestros labios. Mas no solamente tienen un papel insustituible en lo que a los sacra-

mentos se refiere, sino que son los representantes de Dios ante los demás hombres; verdaderos pontífices, esto es, puentes establecidos por Dios entre el cielo y la tierra. Por eso dice San Pablo: "Deben estimarnos como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios". Y esa fe, sin la cual es imposible agradar a Dios, llega también ordinariamente por la predicación del sacerdote: "¿Cómo creerán en El si de El nada han oído hablar? Y, ¿cómo oirán hablar de El si no se les predica?". ¿Y quién es el que predica? Cristo mismo, puesto que dijo: "El que a vosotros oye, a Mí me oye, y el que a vosotros desprecia, a Mí me desprecia".

Ya se comprende entonces, que la Iglesia, en el cumplimiento de su misión, necesita imprescindiblemente del sacerdote. Si éstos faltan, los seglares algo podrán hacer, pero no será posible sustituirlos totalmente. ¿Y cuántos son necesarios? Guiémonos por el autorizado criterio del P. Alberto Hurtado: "La falta de sacerdotes, bien lo comprendemos, no es solamente un problema de número. Doce Apóstoles llenos de fe fueron los primeros cultivadores del mundo e hicieron brotar una mies abundante de puro trigo. Un sacerdote santo trabaja más que diez tibios y produce frutos más abundantes que todos ellos. El problema sacerdotal encierra, pues, un problema de santidad en primer lugar; de corres-

pondencia a la gracia; de abnegación; de formación seria y profunda en las disciplinas sagradas y en los conocimientos humanos. El sacerdote es mediador entre Dios y los hombres, instrumento en manos del Redentor para salvar a los hombres, y el instrumento debe estar unido a la causa que lo mueve y al objeto a que se aplica".

"Pero es necesario agregar, aunque parezca una simpleza el decirlo: no basta que haya sacerdotes santos para que Chile entero se salve. No basta que en Chiloé haya un sacerdote o un grupo de sacerdotes dignos de los altares para que los obreros de la Pampa conozcan a Cristo: recibirán éstos, como toda la Iglesia, una ayuda misteriosa por el aumento de la gracia que trae la santidad a cada uno de los miembros de la Iglesia. Pero la Iglesia necesita de operarios en número suficiente, como nos lo recuerdan continuamente las enseñanzas de los Pontífices, haciendo eco al Maestro, que nos enseña que el Buen Pastor ha de conocer nominalmente a sus ovejas, las ha de llamar por su nombre, las llevará a los buenos pastos y la conducirá al redil . . . Cada sacerdote está llamado, pues, a tener una pequeña grey de feligreses, de alumnos, de almas a las cuales dirige espiritualmente. Y esta grey no puede ser muy numerosa. La carta colectiva de nuestro Episcopado afirma que "es regla de teología pastoral

que un solo párroco no puede atender debidamente a más de mil feligreses" (1).

¿Tenemos en Chile esta proporción de un sacerdote, o mejor, de un párroco, por cada mil feligreses? Según los datos leídos por Mons. Eduardo Escudero, Rector del Seminario Pontificio, en la Semana Interamericana de Acción Católica celebrada este año de 1945 en Santiago, en Chile tenemos 1,922 sacerdotes, 859 de los cuales pertenecen al clero diocesano y 1,063 son religiosos. Esto nos da una proporción de 2,622 almas por sacerdote. Es decir, que tenemos casi la tercera parte del número indispensable.

Este porcentaje nuestro, con ser tan reducido, es sin embargo, uno de los más altos de la América Latina. Copio algunos datos de las delegaciones oficiales a la Primera Semana Interamericana de Acción Católica:

Bolivia: 3.500,000 habitantes — 400 sacerdotes — 1 por cada 8,750 almas.

Colombia: 1,397 sacerdotes — 1 por cada 6,085 habitantes.

Costa Rica: 146 sacerdotes — 1 por 5,000 habitantes.

---

(1) "¿Es Chile un país católico?", pág. 130. Santiago, 1941.

Panamá: Sólo 70 sacerdotes, 9 de los cuales son panameños y entre ellos 5 de avanzada edad.

Perú: Población, 7.500,000 — 1,215 sacerdotes — 1 por 6,000 habitantes.

Venezuela: 600 sacerdotes — 1 por 5,000 habitantes.

Estas cifras son en realidad pavorosas y dan un grito de alarma respecto del porvenir del catolicismo en nuestra América Latina. Más resalta aún nuestra indigencia si nos comparamos con otros países católicos y aún protestantes:

Alemania: Para 20.000,000 de católicos tanían hasta antes de la guerra, 22,000 sacerdotes, es decir, 1 por 900 habitantes.

Inglaterra: 2.375,000 católicos — 5,642 sacerdotes — 1 por 440 católicos.

Estados Unidos: 23.963,671 católicos — 38,451 sacerdotes — 1 por 625.8.

Francia: 41.000,000 de habitantes — 50,000 sacerdotes — 1 por 800 habitantes.

España: 24.000,00 de habitantes — 40,000 sacerdotes — 1 por 600 habitantes.

La consideración atenta de estas cifras da tema para hondas meditaciones; pero lo que ya parecería increíble, es que en los mismos países de misiones están mucho mejor que nosotros en lo que a clero se refiere. Por eso no nos extrañemos

que los misioneros de Maryknoll que, a causa de la guerra dejaron China para venirse a nuestra patria, se hayan sentido casi desalentados ante el poco fervor que aquí han encontrado. Vemos nuevas estadísticas:

China: 4.000,000 de católicos — 4,950 sacerdotes.

Indochina: 1.500,000 católicos — 1,300 sacerdotes indígenas, sin contar los extranjeros. En proporción, tres veces más que Chile.

India: 4.000,000 de católicos — 2,700 sacerdotes indígenas, esto es, en proporción, el doble de Chile.

Aquí tenemos, aproximadamente, 567 sacerdotes extranjeros, lo que deja un margen de sólo 1,355 sacerdotes chilenos. Con razón exclama el P. Hurtado: "Nosotros, país católico, debiéramos sentir remordimiento de privar a los países paganos de ese auxilio sacerdotal que ellos tienen más derecho a reclamar que nosotros" (1).

Después de estas comparaciones, tratemos de ver más de cerca nuestro problema. Si a cada uno de nuestros 1,922 sacerdotes les asignamos influencia sobre mil almas, nos queda un remanente de más de tres millones de chilenos que escapan casi totalmente a la influencia sacerdotal. Y si dis-

(1) "¿Es Chile un país católico?", pág. 132.

minuimos, lo que es muy real, el número de los que por ancianidad, enfermedad u otros cargos no tienen acción directa sobre las almas, podremos comprender la queja del episcopado nacional en la pastoral colectiva de noviembre de 1939: "Cuatro millones de fieles al margen de la influencia sacerdotal. ¿Puede darse un hecho más desgarrador y de mayores consecuencias para las almas, para la Iglesia, para la Patria".

Estos cuatro millones de chilenos abandonados de toda influencia sacerdotal, los entenderemos mejor cuando consideremos algunos otros factores que influyen desfavorablemente en la escasez numérica.

Sin embargo de la buena calidad que reconócenle los extranjeros, el sacerdote chileno debe actuar con muchos factores contrarios, que dificultan extraordinariamente su ministerio. Muchos provienen de esas causas señaladas por Cristo y que en realidad constituyen un timbre de gloria; pero muchas también son de otro orden y se podría trabajar por atenuarlas y aún suprimirlas en su totalidad.

Los sacerdotes están muy desigualmente repartidos, llegando la proporción en las diócesis del norte a la cifra de 1 sacerdote por cada diez o doce mil habitantes. Si tomamos el término medio del

país, a cada una de las 486 parroquias que tenemos, según la "Guía Eclesiástica de Chile", de setiembre de 1944, le corresponderían poco más de diez mil habitantes. Pero la verdad es que, mientras diócesis como Ancud y San Felipe tienen un término medio de 4,500 y 5,000 habitantes, respectivamente por parroquia, Santiago tiene un término medio de 17,000 habitantes, llegando algunas parroquias a la cifra de 40,000 almas. Pensemos un momento que sólo un número muy reducido de parroquias de las más grandes ciudades cuentan con vicario cooperador y comprendemos la angustia de los párrocos ante la imposibilidad de atender a sus feligreses. ¿Puede conocerse por su nombre a miles de feligreses?

Agreguemos a esto la inmensa extensión de nuestro territorio. La diócesis de Antofagasta tiene 120,846 kilómetros cuadrados, con 145,147 habitantes que nadan en esa inmensa superficie. Hay en el norte parroquias de más de 20,000 kilómetros cuadrados y atendidas por un solo sacerdote, que debe recorrer distancias increíbles. La parroquia de San Pedro de Atacama deslinda con Argentina y Bolivia, y hay otras que llegan de la cordillera al mar. La parroquia de Choapa está en este último caso, con la particularidad de que la iglesia está en un sitio casi despoblado y el párro-

co debe recorrer incesantemente los fundos y pequeños caseríos en busca de sus ovejas. ¿Qué labor permanente puede hacerse en estas condiciones? Y si de los caminos calcinados de la Pampa que debe recorrer el sacerdote, volvemos al extremo sur, veremos un cambio de panorama, y un semejante sacrificio. En el archipiélago de Chiloé, cada parroquia suele tener varias islas que el párroco debe visitar en rústicas embarcaciones. ¡Cuánto heroísmo, cuánto peligro y cuánta caridad en esas correrías apostólicas que nadie conoce! Y pensar que muchas veces no es un sacerdote joven y sano el que las hace, sino un anciano o un enfermo, ya que la misma escasez de clero obliga a los sacerdotes a mantenerse en su puesto cuando su edad o su salud están indicando un completo reposo o, por lo menos, un ministerio menos pesado que el parroquial. No hace mucho murió el cura de Putaendo, en la diócesis de San Felipe, que estaba allí hacía 49 años, y no era la primera parroquia que servía. Se ve también el caso de un solo sacerdote que tiene que atender varias parroquias al mismo tiempo.

Otra consecuencia muy triste de esta escasez de clero es la casi absoluta imposibilidad de especializar a cada cual en aquello para lo cual tiene más aptitudes. Principalmente en las diócesis pequeñas,

casi todos deben estar en parroquias, cuando quizás en otra parte podrían tener un rendimiento mucho mayor. Pero no es posible dejar las parroquias abandonadas, y hay que estar día a día en la brecha. Con este motivo, los altos estudios eclesiásticos y profanos pasan a ser casi un lujo. Los mismos profesores extranjeros traídos para la Facultad de Teología de la Universidad Católica, pronto son tomados por las exigencias del ministerio y dejan de mano la investigación científica. Hay necesidad de hombres de estudio y de letras, que den una orientación segura a la intelectualidad de la nación. No faltan, por otra parte, sacerdotes suficientemente preparados y con gusto por el estudio. ¿Pero quién es capaz de conciliar la tranquilidad del estudio con el ajetreo de la vida parroquial? Y así, por esta lucha continua y apostolado incesante, se pierden, a veces, posibilidades más vastas en el terreno científico, filosófico y artístico.

Y lo que se dice de los altos estudios, puede casi repetirse de la vida contemplativa. No entraré en el terreno ya muy personal de ver hasta qué punto el exceso de trabajo perjudica la vida de piedad y esteriliza así, a la larga, el ministerio, sino que quiero referirme a algo más objetivo. Hasta hace poco, no había en Chile una sola orden contem-

plativa de sacerdotes. Y cuando uno ve tantas obras y un fruto tan relativo, no puede dejar de pensar en la falta de monjes, que con los brazos extendidos como Moisés, estén siempre pidiendo la gracia para los que luchan en la llanura. Verdad que contamos con muchas santas religiosas, pero pienso que en la armonía del Cuerpo Místico, no sólo ellas están llamadas a tan alta vocación. Tenemos ya un convento de benedictinos en Las Condes, pero ojalá que muchos otros florecieran a lo largo de nuestro territorio. No sé si será una impresión muy subjetiva; pero al norte de La Serena y al sur de Concepción, donde tenemos los últimos conventos de monjas contemplativas, siempre me ha parecido una zona de mayor frialdad espiritual. Si en tierras de misiones como China y Alaska se ha sentido la necesidad de trapenses y carmelitas, ¿cómo no desear algo semejante para nuestro Chile tan falto de fervor?

Todo esto que se ha dicho respecto del sacerdote, tiene su natural analogía con la religiosa. También ella es un alma consagrada al Señor que, aunque no goza de los poderes sacerdotales, pone su vida al servicio de la Iglesia y generalmente, desde un sitio humilde y oculto, hace un bien inmenso sólo apreciado por los ojos de Dios. Son ellas insustituibles en los colegios y escuelas, a tal

punto que el fervor de los católicos norteamericanos se atribuye a la formación que de pequeños recibieron en las escuelas de monjas. En Chile son numerosas las que se dedican a la enseñanza, pero serían necesarias muchas más. Sé de muchos párrocos que acarician el ideal de tener escuela parroquial atendida por religiosas. Y no sólo en las escuelas; en los hospitales, en los asilos, en la catequesis, en las mil formas del apostolado moderno, incluyendo, por cierto, la Acción Católica, son ellas de un valor inapreciable. Pero, tal como del clero, hemos de lamentar que no sean más numerosas. Qué pena da ver tantas niñas piadosas, de grandes cualidades, que llevan una vida inútil, pudiendo hacerla tan fecunda y hermosa en el servicio de Dios y de las almas.

¿Ha sido mi propósito dejar una idea pesimista respecto del problema de la escasez de sacerdotes? De ninguna manera. He tratado de ser lo más exacto, porque en todo momento debemos apoyarnos en la realidad, mas no para sacar una impresión pesimista, sino, por el contrario, para reaccionar con energía. ¿Y qué podemos hacer? Desde luego, tratar de que aumenten las vocaciones. La forma está indicada por el mismo Jesús: "Rogad al Señor de la mies que envíe operarios a su mies". Quiere decir entonces que todos, con espí

ritu verdaderamente católico, hemos de posponer, si fuere necesario, nuestras intenciones particulares, para pedir a Dios que derrame la gracia de la vocación sacerdotal en muchas almas. Y sabemos, también que, por lo general, la vocación se produce en una familia o ambiente cristiano, motivo por el cual, todo lo que hagamos por intensificar la fe y devoción generales, preparará indirectamente el terreno a las futuras vocaciones. Mas, no hemos de quedarnos en el plano puramente espiritual. Muchas veces las vocaciones fracasan por falta de dinero o porque las familias de los candidatos al sacerdocio son pobres, o porque estiman en tanto el sacrificio de dar a sus hijos, sobre los cuales tenían otras pretensiones, que no están dispuestos a ayudarlos económicamente. Por eso, una manera práctica de cooperar a la solución del problema de la escasez de clero, es ayudar a financiar los seminarios y casas de formación religiosa, ya sea instituyendo becas o corriendo con otros gastos. Pero, sin duda alguna, los que más directamente pueden solucionar este problema, son esos numerosos jóvenes que, habiendo sentido inquietudes de vocación —Dios las prodiga, porque no puede abandonar su Iglesia—, tienen la generosidad de estudiarla y afrontarla, y no bajar los ojos y marcharse como el joven rico del Evangelio.

Y muy importante es ayudar a los sacerdotes que están ya en su ministerio. También necesitan la oración de todos los fieles para poder cumplir la alta misión que Dios les ha confiado. Por desgracia, no siempre el sacerdote puede dedicarse a sus ministerios eminentemente espirituales y debe malgastar mucho tiempo en buscar sus medios de subsistencia y también el dinero necesario para las obras de apostolado. ¿No podríamos proceder con un espíritu semejante al de los Apóstoles y de la primitiva iglesia? "Se suscitó una queja de los griegos contra los judíos, porque no se hacía caso de sus viudas en el servicio diario. En atención a esto, los doce, convocando a todos los discípulos, les dijeron: No es justo que nosotros descuidemos la palabra de Dios por atender a las mesas. Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete hombres de buena fama, llenos del Espíritu Santo, y de inteligencia, a los cuales encarguemos este ministerio". Si hubiera entre los seglares —como entiendo que se hace en Estados Unidos— quienes corrieran con todas las finanzas de la parroquia, dando al párroco lo necesario para sus gastos personales y entendiendo ellos de todo lo demás, las mismas finanzas quizás andarían mejor, porque estarían en manos de quienes son profesionales en los negocios, y el sacerdote se ahorraría muchas

preocupaciones y trabajos, con lo que le quedaría más tiempo para sus ministerios espirituales. Si los sacerdotes son pocos, que a lo menos no pierdan su tiempo en negocios que seglares pueden hacer mejor que ellos.

Y, finalmente, ya en el mismo campo del apostolado, la Acción Católica debe ser la prolongación del brazo de sacerdote, realizando muchos trabajos que no requieren el carácter sacerdotal y multiplicando así la acción de la jerarquía. En esta forma, lo que ahora es un grave problema. podrá convertirse en una página santa de la Historia de la Iglesia.

IV. LA ACCION CATOLICA

Ya sabemos cuál es su finalidad: el reino de Cristo. La Acción Católica Chilena tiene, entonces, como fin supremo el advenimiento a Chile del reino de Cristo. ¿Y qué significa el reino de Cristo? No ciertamente un estado ideal en que absolutamente todos sean buenos cristianos y santos. Esto no se verifica ni siquiera en las comunidades religiosas donde, a pesar de que todo converge hacia la perfección y todos voluntariamente hacen profesión de tender a la santidad, no todos, sin embargo, la realizan en forma satisfactoria. ¡Cuánto menos si pretendiéramos convertir el mundo en un convento! La noción del reino de Dios, predicado incesantemente por Cristo, incluye esencial-

mente la idea de imperfección. Comienzan así casi todas las parábolas: el reino de los cielos es semejante a una red con peces buenos y malos; a diez vírgenes, de las cuales cinco son necias y cinco prudentes; a un campo de trigo, en que el enemigo sembró la cizaña. ¿Cómo hemos de entender entonces ese reino de Cristo? Confrontando las páginas del Evangelio con las realidades históricas, principalmente de la Edad Media y de nuestra Colonia, me parece que ese reino de Cristo hemos de relacionarlo íntimamente con aquel ideal que se ha llamado "civilización cristiana" o simplemente "cristiandad". Una nación o sociedad puede llamarse cristiana cuando existe una cultura cristiana, cuando las notas determinantes son cristianas, cuando el cristianismo es el alma y forma de las demás actividades, cuando el ambiente se ha cristianizado, y cuando, notémoslo bien, exista aún la posibilidad de no ser cristiano; porque un concepto totalitario de una sociedad cristiana. en que siquiera algunos fueran presionados por medios externos hacia el catolicismo, sería una claudicación de la libertad proclamada en el Evangelio. Una sociedad cristiana, entonces, es aquélla en que todo favorece la realización de la doctrina de Cristo; pero que no excluye la coexistencia de los malos y de los heterodoxos, porque lo contrario, ade-

más de ser imposible, sólo se puede pretender a costa de la violación de la libertad.

¿Hemos de tomar como modelo la cristiandad medieval? Este tema ha sido luminosamente estudiado por Maritain, a base de la filosofía escolástica. Sus conclusiones son de una precisión y ortodoxia indiscutibles: la historia no puede retroceder y, por lo tanto, la nueva cristiandad no puede ser unívoca con la medieval; tampoco podrá ser equívoca, ya que debe coincidir con los principios esenciales; será entonces necesariamente análoga, esto es, que siendo tan cristiana como la medieval, tenga, sin embargo, con ella, diferencias esenciales, no ciertamente en los principios como tales, sino en su realización concreta. ¿Y cuál será esta diferencia? La Edad Media —se dice— era de tal manera teocéntrica, que el hombre y la naturaleza se perdían en la divinidad. Pero vino el Renacimiento y sacó a ambos —hombre y naturaleza— de su anonimato y los colocó en un plano luminoso —conquista definitiva de la humanidad —, del que ya no podrán desaparecer. La nueva cristiandad no podrá ya figurarse como una circunferencia alrededor de Dios, sino como una elipse cuyos dos ejes serían Dios, y el hombre con la naturaleza. A consecuencia de esto, la nueva cristiandad no podrá ser ya de tipo exclusivamente

religioso, sino más bien de tipo humano y natural, aunque evidentemente elevado por la gracia. Nuestra religión no es puro deísmo, sino que tiene por centro al Hijo de Dios Encarnado. Cristo, Dios verdadero y hombre verdadero, es el puente o vínculo entre el cielo y la tierra. En El, la humanidad está divinizada, y la divinidad toma carne. Por eso el cristianismo es divino y humano a la vez, y no se puede desplazar al hombre sin destruir la noción de cristiandad. El Renacimiento puso de manifiesto los valores de la naturaleza, y la nueva cristiandad debe reconocer esos valores, como que ajustan perfectamente con la doctrina de la Encarnación del Verbo. Los valores humanos de que ahora no podemos prescindir, no son antagónicos a los factores divinos, sino que han de ser fecundizados por la gracia, produciendo un tipo de cultura humano-divina, no en el sentido de que sea mitad humana y mitad divina, sino de un solo todo divino y humano a la vez. Por otra parte, no nos imaginemos que en la Edad Media se despreciaba el elemento humano. Los nuevos estudios históricos nos ponen de manifiesto las preocupaciones humanistas del medioevo. Recordemos sólo a San Alberto Magno, cuyas obras aun hoy no son suficientemente conocidas y apreciadas. Aunque entonces se hablaba poco del hombre, des-

lumbrados como estaban en la consideración de lo divino, en la práctica se le tomaba muy en cuenta. Cuando se está enfermo y no cuando sano, se habla de enfermedades. Si se habló poco del hombre en la Edad Media, ¿no sería entonces porque éste se sentía bien, en su centro que es Dios? Y si ahora se habla tanto de humanismo, ¿no será precisamente porque el hombre se siente mal, lejos de su centro que es Dios? Un ejemplo concreto. Nunca como ahora se ha hablado de la cuestión social, y nunca se ha estado más mal en este punto. En la Edad Media ni siquiera se conocía esta expresión, y sin embargo, los artesanos, en sus gremios vivían mejor que los obreros de hoy. Por lo tanto, hubo en aquella época un humanismo que, aunque implícito y sin que se tuviera de él conciencia refleja, era, sin embargo, muy real. Ahora se trata sólo de poner en plena luz lo que antes estuvo en la penumbra. Y así, el ideal de esta nueva cristiandad, no será tal vez el del monje que se aisla del mundo para sumergirse en la contemplación, sino el del apóstol que cultiva sus cualidades humanas, e impregnado totalmente de la gracia divina, no se aleja del mundo, sino que se mezcla deliberamente con él, para llenarlo todo de Cristo. En este sentido, puede decirse que la nueva cristiandad es más profana o laica que la me-

dieval; pero en manera alguna puede decirse que sea menos cristiana. En una civilización de tipo sacro, como la del medioevo, tenía el clero una gestión más directa en las actividades generales de la sociedad. Esto se manifiesta principalmente en el poder temporal de la Iglesia, sobre todo en lo que se refiere al Papa y numerosos obispos que eran perfectos señores feudales, y en la orientación de las universidades, que era eminentemente teológica. En la nueva cristiandad, no será ya la jerarquía quien detente el poder, sino laicos inspirados en principios de sociología cristiana. El poder temporal de los Papas ha quedado reducido a su más mínima expresión; pero su prestigio espiritual es inmenso, aun entre los no católicos. Lo mismo sucede en la Universidad. Casi ha desaparecido la facultad de teología; pero, en cambio, importa muchísimo que todas las demás facultades inculquen un criterio profesional cristiano.

Sostiene Maritain —y es impugnado acerbamente por ello— que la nueva cristiandad será de tipo pluralista, esto es, que la Iglesia Católica no tendrá la absoluta hegemonía espiritual, sino que otras confesiones religiosas le disputarán este poder en una medida y forma que —como es de suponer— no puede ser fijada desde ya. No interesa a la Acción Católica este punto de discusión, mientras la

Iglesia misma no se pronuncie sobre él. Lo que interesa es que, sea cual sea la forma política o civil que tome esta nueva cristiandad, sea verdaderamente el reino de Cristo en medio de nosotros, esto es, que las notas determinantes de la sociedad sean esencialmente católicas, a fin de que se produzca ese clima o ambiente cristiano, condición indispensable para que lleve una vida cristiana la masa de los fieles que, precisamente por ser masa, no se le puede pedir que luche siempre contra la corriente. Esto incluye la cristianización de todas las manifestaciones de la vida, así públicas como privadas. Por lo tanto, la Acción Católica ha de propiciar, desde la cristiana política internacional, hasta la cristiana vida familiar e individual, pasando por la educación católica, la prensa, la literatura, el arte, etc., etc.

Vengamos ahora a la Acción Católica Chilena, que tiene la tarea de implantar en nuestra patria el reino de Cristo. Para que sea auténtica Acción Católica, debe ser también auténticamente chilena. Me explico. Adolecemos en Chile, y en toda la América Latina, de un defecto gravísimo, tanto en el orden profano como en el eclesiástico: la propensión a copiar servilmente los movimientos y métodos que tienen éxito en Europa y Norte América. Copiamos servilmente, y como nuestras con-

diciones ambientales son tan diversas, no nos admiremos de ver aquí un fracaso de esos movimientos que triunfan en su país de origen. Y existe el gravísimo peligro de que con la Acción Católica suframos igual desengaño si no reaccionamos a tiempo. El Padre Santo, principalmente Pío XI, es el gran maestro de la Acción Católica. Mas, conviene precisar, que en Roma sólo han dado los principios básicos, fundamentales, y que en cada país y aun en cada parroquia debe estudiarse la manera de realizarlos. Por lo tanto, el solo estudio de los documentos pontificios, no basta para completar los conocimientos de Acción Católica, sino sólo para iniciarlos. Como en todos los grandes movimientos, la teoría de la Acción Católica es relativamente fácil y sus principios muy simples y fundamentales. La gran dificultad consiste en encontrar la técnica y los métodos apropiados que permitan realizar esos principios en un ambiente determinado. Y creo que ésa es la falla fundamental de la Acción Católica Chilena: que todavía no ha encontrado una expresión autóctona, netamente chilena, que dé un positivo resultado en nuestro suelo natal.

En Chile se ha hecho no poco por difundir el pensamiento pontificio y dar a conocer lo que podríamos llamar la teoría de la Acción Católica, y aun se han editado libros al respecto por autores na-

cionales. En cambio, qué poco conocemos nuestras realidades religiosas y aun las de interés general. Hay como un innato temor e impotencia para enfrentarnos a los hechos, y preferimos leer libros que nos vienen de fuera, y teorizar, siempre teorizar.

Existen, ciertamente, sacerdotes que tienen lo que podríamos llamar experiencia empírica de nuestro ambiente religioso y de sus diversas modalidades; pero nos faltan estudios más completos, a base de estadísticas y por personas verdaderamente preparadas para observar los hechos y encontrar las leyes que los presiden. Este conocimiento de nuestra realidad nacional y de sus diversas zonas, es absolutamente indispensable para llegar a una Acción Católica de tipo criollo, en que se sienta bien el huaso, el roto y la gente de medio pelo. No una Acción Católica de tipo intelectual académico, que puede estar muy bien entre universitarios; pero que aburre a la clase media e incluso a la aristocracia. No una Acción Católica tan europea, que sólo calce en el centro de las grandes ciudades, donde hay un ambiente más europeo, sino algo que sirva también para nuestros campos y barrios populares. Este afán de adaptación no nos permitirá seguramente mantenernos en un único tipo rígido de Acción Católica, sino que nos arrastrará inevitablemente a la especialización, y éste será un nuevo motivo que nos obligue

a estudiar nuestras realidades. Y como, por otra parte, la unidad nacional es también un hecho real, tendremos que estudiar la manera de mantener todas las peculiaridades dentro de un marco armónico y unitario.

Otra tarea fundamental y gravísima es infundir el espíritu apostólico al católico chileno. Varios factores han contribuído a mantenerlo casi siempre en un papel pasivo dentro de la Iglesia. La ideología liberal se infiltró en tal forma, que el seglar se sintió desligado de los afanes apostólicos que recayeron casi exclusivamente en los sacerdotes. La unión de la Iglesia y del Estado y la peculiar propensión del chileno a esperarlo todo del Estado, contribuyó no poco a que fuera desentendiéndose de sus obligaciones, esperando que el gobierno subviniera a todo, aun en el orden espiritual. Y todavía hay gente que cifra toda su esperanza en un resurgimiento cristiano de nuestra patria, a base de un gobierno cristiano que lo patrocine, y mientras tanto se queda esperando . . . o a lo más trabaja en política. El mismo hecho de la unidad religiosa durante la Colonia, de que durante el siglo XIX las luchas religiosas sólo tuvieran lugar en las altas esferas, y que sólo hace muy poco tiempo, relativamente, que otras doctrinas religiosas han venido a disputar la hegemonía de la Iglesia entre la masa del pueblo, ha

permitido que, incluso, buenos católicos se mantuvieran en una actitud meramente pasiva, sin ser obligados a tomar posiciones. A todo lo cual hemos de agregar la inercia natural del hombre, más fácil de moverse por motivos personales y de orden material, que por razones espirituales y altruistas. Esta inercia, que en el fondo es egoísmo, se contrarresta con una intensa vida espiritual; pero ya hemos visto en el capítulo titulado "Corriente subterráneas" la deficiente calidad de nuestro catolicismo. Y, sin embargo, es de todo punto indispensable despertar a ese gigante dormido que es la masa inerte. Que este milagro es posible, lo demuestra el éxito de la propaganda marxista que ha logrado inculcar en el obrero la inquietud de la cuestión social. La tarea de la Iglesia es más difícil, porque no se trata de excitar pasiones y apetitos, sino más bien de urgir obligaciones; pero, en cambio, tenemos la gracia divina con la cual todo lo podemos.

La masa se maneja por medio de jefes, y la Acción Católica no podrá ser verdaderamente católica, esto es, universal, mientras no disponga de dirigentes debidamente preparados. La preparación de estos dirigentes es hoy por hoy la tarea más urgente y, al mismo tiempo, la más delicada y difícil. Se requieren en el dirigente cualidades naturales y sobrenaturales, y que, a imitación de Cristo, que era verda-

dero hombre y verdadero Dios, cultive y explote al máximo sus aptitudes humanas, y llene su alma con la luz y el vigor de la gracia divina. Es. además, indispensable que no sea un tipo aislado, de excepción, sino representativo y popular en su medio ambiente, que sea hombre capaz de influir en los demás, y de dar el tono en una reunión social o en su sitio de trabajo. Lo que los ingleses llaman un verdadero "lider".

Supuestos ya estos dirigentes, y aun desde luego como una labor de formación de ellos mismos, puesto que la Acción Católica, como todas las artes, se aprende ejecutándola —faber fit fabricando—, es necesario lanzarse al apostolado, y no a un apostolado cualquiera, sino en forma organizada. En este punto, tiene la Acción Católica Chilena dolorosas experiencias. Comenzaremos por la improvisación. La superficialidad de nuestro modo de ser nos lleva a todos —asesores y seglares— a creernos capaces de todo, a no necesitar prepararnos para nada. No somos hombres para ahogarnos en un vaso de agua, y salimos del paso como se puede, aunque sea con un chiste ingenioso; pero salimos del paso. La dificultad del sistema está en que no es lo mismo salir del paso que realizar una obra con perfección. Y así los esfuerzos y campañas llevan casi siempre el sello del fracaso y de la mediocridad.

Otro tropiezo grande es la organización del trabajo. Por lo español somos individualistas; por lo araucano, casi anárquicos. No nos admire, pues, nuestra dificultad para someternos a un trabajo organizado. Carecemos de espíritu de equipo y disciplina. Todos queremos mandar, ninguno obedecer. Somos susceptibles, impotentes casi para posponer nuestros pequeños intereses y puntos de vista a los intereses de la causa. En el orden eclesiástico, existe un factor de excepcional gravedad, lo que podríamos llamar el feudalismo parroquial. Por motivos muy explicables, cuando en todo Chile sólo existían dos o cuatro obispados, y las distancias eran enormes y los caminos pésimos, la parroquia quedaba en un relativo aislamiento. Por otra parte, la labor del párroco era de tipo patriarcal y personal. Cada uno trabajaba como podía, con los medios que tenía a su alcance, haciendo valer principalmente su influencia personal. La parroquia se convirtió entonces en un feudo casi completamente autónomo, principalmente en lo que al apostolado se refiere, ya que la vinculación con la autoridad eclesiástica era más bien de orden administrativo. Pero ahora, las circunstancias han cambiado radicalmente. El apostolado moderno requiere indispensablemente que los católicos presenten un frente único. organizado, que haya unidad y aún simultaneidad

de acción y de método. Aun razones económicas, como la edición de libros, revistas y material de propaganda, exigen inevitablemente que se aúnen las fuerzas, so pena de que los esfuerzos aislados sean completamente estériles.

Según los Estatutos y Reglamentos, la Acción Católica es nacional, diocesana y parroquial. Pero las directivas nacionales y diocesanas se estrellan muy frecuentemente con el espíritu feudal de las parroquias, defensoras siempre de su autonomía. Como los organismos seglares no pueden ni deben tener autoridad sobre los párrocos y, a su vez, los socios de un centro dependen más de su párroco que de los consejos diocesanos, por ejemplo, mientras no se cuente con la leal cooperación de los párrocos, todo lo que hagan los organismos directivos será inútil, y aun muchas veces nocivo. Pero, para esto también se requiere que las juntas y consejos no se limiten, como hasta ahora, a impartir órdenes y enviar circulares, sino que comprendan que su principal papel es ayudar a las parroquias, estableciendo "servicios" que sean una colaboración efectiva a los trabajos parroquiales.

En resumen, podemos decir que si bien es cierto que en manera alguna la Acción Católica Chilena ha perdido su tiempo en sus catorce años de existencia, sino que, por el contrario, ha superado

ya la etapa más difícil y desalentadora y que es la fundamental; sin embargo, el camino que le queda por recorrer es inmensamente más vasto que lo andado hasta aquí, y que a medida que avanzamos y ganamos en altura, más se amplía el horizonte de las posibilidades y de la tarea por realizar.

V. MATERIA Y ESPIRITU

Por la duplicidad del compuesto humano que es, al mismo tiempo, materia y espíritu, por la encarnación del Verbo que vino a unir lo divino con lo humano, no podemos separar los problemas religiosos de los factores sociales que en ellos intervienen. En el mundo entero, y también en Chile, está planteada seria e inevitablemente la cuestión social, y la Iglesia tiene que pronunciarse e intervenir. Pío XI, en la encíclica "Quadragesimo anno", dice así: "Establezcamos como principio el derecho y deber que nos incumbe de juzgar con autoridad suprema estas cuestiones sociales y económicas. Es cierto que a la Iglesia no se le encomendó el oficio de encaminar a los hombres a una felicidad puramente caduca y perecedera, sino

a la eterna; más aún, "la Iglesia juzga que no le es permitido, sin razón suficiente, mezclarse en estos negocios temporales". Mas, renunciar al derecho dado por Dios a la Iglesia, de intervenir con su autoridad, no en las cosas técnicas, para las que no tiene medios proporcionados ni misión alguna, sino en todo aquello que toca a la moral, de ningún modo lo puede hacer. En lo que a esto se refiere, tanto el orden social cuanto el orden económico están sometidos y sujetos à Nuestro supremo juicio, pues, Dios nos confió el depósito de la verdad, y el gravísimo encargo de publicar toda la ley moral e interpretarla, y aun urgirla oportuna e importunamente".

Dada entonces esta estrecha vinculación entre el orden social y el moral y religioso, un estudio sobre los problemas del catolicismo en Chile, no puede prescindir de este aspecto. Mas, como se comprende fácilmente no procede aquí un estudio de la cuestión social propiamente dicha (muchos ya lo han realizado y con mucho acierto), ni tampoco de la doctrina social cristiana, sino que, ambas cosas supuestas como conocidas, estudiar los problemas religiosos que de ella se derivan, para llegar a la conclusión de que una acción social se requiere indispensablemente junto a la acción religiosa.

Comenzaremos por anotar un hecho de orden muy general, y es que la situación global de un país, influye mucho en la situación de la Iglesia. ¿Quién duda, por ejemplo, que la magnífica situación del estado y de la sociedad norteamericanas influyen poderosamente en la magnífica situación de la Iglesia en Estados Unidos? Es evidente que la situación general de un país es sólo un factor que no basta para explicarlo todo, como asimismo es verdad que la buena marcha de la Iglesia influye, a su vez, benéficamente en la buena marcha de cualquier país del mundo; pero esta influencia recíproca viene a afirmar el aserto de los buenos oficios que una sociedad civil bien organizada (la gracia no destruye sino que supone la naturaleza) presta a la sociedad eclesiástica. Y al revés, la desorganización y deficiencias de la sociedad civil que se observa, por ejemplo, en muchos países latinoamericanos, es parte importante en la explicación de las deficiencias de la Iglesia en esas naciones, y una prueba de ello, aunque un tanto paradójica, es que las anormalidades eclesiásticas que en otros pueblos más cultos constituirían verdadero escándalo, en esos lugares tiene una importancia mucho menor.

Este principio general nos plantea en Chile la siguiente interrogativa: la situación del estado y de

la sociedad civil, ¿es favorable o adversa al desenvolvimiento de la Iglesia? No seré yo quien dé a este respecto un juicio definitivo que excede los propósitos de este opúsculo y también mi propia capacidad y, lo que es más grave, me induciría quizás a adentrarme en el terreno vedado de la política. Quiero sólo dejar abierta la interrogante y afirmado el principio de que todo aquél que procura la buena marcha del país, desde el político sincero hasta el empleado honrado que cumple con su deber, todos están cooperando, siquiera sea indirectamente, sean cuales sean sus intenciones, en la buena marcha de la Iglesia.

Descendamos ahora a problemas más particulares. Y comencemos por el estado de miseria y angustia económica en que vive una gran parte de la población. El costo de la vida aumenta en forma desorbitada de un año para otro, a tal punto que, a excepción de unos pocos acaudalados, la gran masa de la población tiene como preocupación principalísima la de su subsistencia. Y bien, ¿no favorece esto la práctica del cristianismo que recomienda la pobreza y la considera como un ideal de perfección? Para contestar adecuadamente hagamos una triple división: ricos son los que tienen bienes en exceso, pobres los que tienen lo necesario para subsistir sin cosas superfluas, y míseros

los que tienen menos de lo indispensable. Los dos extremos son funestos para la vida religiosa, tanto el del rico, por apegarse a los bienes de este mundo, de tal modo que será más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja y no que él se salve; como el que vive de la miseria y no tiene aquel mínimo indispensable de vida humana y natural que sirva de base a lo sobrenatural.

Como es obvio, en Chile tenemos ricos, pobres y míseros en una proporción que es muy difícil calcular. Dejemos las dos primeras categorías y quedémonos con la tercera, cuya cifra exacta no conocemos, aunque es ciertamente grande, y cuya existencia pesa dolorosamente sobre el Estado y sobre la Iglesia. Los que tienen un espíritu profundamente cristiano —almas de selección— se vuelven ciertamente hacia Dios y se hacen más santos y heroicos en su miseria. Pero repito, éstos son la excepción. ¿Cómo reacciona el hombre corriente frente a la miseria? Lo más frecuente es que se amargue la vida; que el fatalismo, tan propio del chileno, lo lleve a resentirse de Dios, a quien culpa de sus desgracias y de no hacer en su favor los milagros que serían necesarios. Llega, a veces, a la conclusión de que Dios se olvida del mundo y que de pobres ni Dios se preocupa. En todo caso, constatamos un alejamiento de la religión.

Otros reaccionan en forma diversa. Aguijoneados por la presión económica, de tal manera se entregan al trabajo y se dejan absorber por el problema de la subsistencia familiar y personal, que la vida se va materializando completamente, y las preocupaciones espirituales y de orden religioso van siendo desplazadas, sin advertirlo casi, y llegan a constituir un lujo para los ricos. ¡Hay que ver el gesto permanente de angustia de muchos padres que no tienen cómo alimentar a sus hijos! Y éstos suelen ser los más conscientes, los que más valen; porque muchos, usan la lógica del negro que, apenado por no tener cien dólares para pagar una cuenta, fué a divertirse con los cincuenta que tenía, para pasar la pena. Así, un gran porcentaje de nuestro pueblo y clase media, se entrega al vicio, al juego, etc., porque lo que gana no le alcanza para vivir. ¿A qué lugar queda relegada la religión con esta política tan ilógica y tan real al mismo tiempo? Será inútil predicar a muchas de esas gentes. Tienen seguramente la fe en el fondo de sus corazones; pero sus condiciones de vida la tienen sofocada. Una elevación del standard de vida, no digo que los haría católicos inmediatamente, pero sí que quitaría un obstáculo poderoso a la acción propiamente religiosa que ahora sí que tendría posibilidades de ser eficaz.

Cosa semejante puede decirse del pavoroso problema del alcoholismo. La Acción Católica Chilena está empeñada en una campaña antialcohólica y proporciona estos datos verdaderamente alarmantes. En un año, produce a la nación mil millones de pérdidas; en cada año, también, carabineros detiene ciento sesenta mil ebrios; de 1938 a 1943, el consumo de vino y cerveza ha aumentado en un 130 %; en 1943 se dejaron de trabajar 190,000 días, porque a causa de la embriaguez, los obreros no salen a trabajar los lunes, y a veces ni el martes ni el miércoles; según los partes de policía, del total de delincuentes aprehendidos, el 70 % lo son por ebriedad, y de los que caen por otros delitos, el 27 % también está en estado de ebriedad; la mortalidad infantil de Chile, la más alta de todo el mundo (200 por 1,000), se debe, en gran parte, a la embriaguez de sus padres.

¿Qué efectos tiene el alcoholismo en el orden religioso? No basta considerar que la embriaguez es un pecado que, a su vez, suele incluir otros como el daño de la propia salud y el descuido criminal de las personas de la familia, y la herencia de toda clase de taras vergonzosas que deja a sus hijos. Es preciso ir al fondo del asunto, para ver si en su raíz el problema es de orden económico-social o simplemente moral. Tengo para mí que

entre la clase alta, la causa de la embriaguez es de orden casi siempre moral; no así entre el pueblo que gime entre las garras de un vicio de que él no es el único ni siquiera el principal responsable. Existe ciertamente el tipo del vicioso, del que si quisiera, podría dejar el licor. A ésos, no trato de defender ni de disculpar. Pero me interesan más aquéllos que son víctimas de sus condiciones de vida. La herencia araucana es ciertamente un factor de alcoholismo, que podría evitarse quizás, en gran parte, con una adecuada educación. Mas, ¿qué se ha hecho en este sentido? Agreguemos la desnutrición —hecho innegable a base de estadísticas— y que pide en reemplazo del alimento las calorías del alcohol. Salarios insuficientes e ignorancia sobre el modo de aprovecharlos, nos da la desnutrición que nos lleva inevitablemente al alcoholismo. A lo que se agrega la deshidratación. Me contaba un médico que hizo estudios especiales en varios fundos de la provincia de Aconcagua, que el peón no bebe durante el trabajo ni durante las comidas, a pesar de su trabajo bajo el sol. El día del pago está tan deshidratado, que siente la necesidad fisiológica de la bebida. Si nuestro pueblo bebiera en las comidas y en su hogar, en parte no pequeña se evitaría este problema. Hemos de agregar la ausencia casi absoluta de diversiones

populares, a lo que se suma el ningún atractivo del hogar, para comprender las fuerzas casi irresistibles que empujan al obrero del campo y de la ciudad hacia la taberna, de la que no lo podremos apartar con sermones ni afiches, sino cambiando las condiciones económico-sociales que la producen. Lo demás es perder tiempo y tomar un actitud farisaica.

Algo muy semejante sucede con el problema de la habitación. Ya casi nos hemos acostumbrado a oír el dato terrible: faltan 400,000 casas en Chile. Se necesitan 9,000 más por año. Un plan inmediato para remediar este problema requiere la suma de quinientos millones de pesos. Parémonos a considerar las consecuencias de este hecho en el orden religioso. La ausencia de casa material trae como secuela inevitable la ausencia de hogar en el sentido moral, y la ausencia de ese hogar acarrea la destrucción de la familia, familia que no sólo es la célula madre de la sociedad civil, sino también de la Iglesia. Según el concepto cristiano de la familia, el hogar debe ser un templo en que los esposos sean los sacerdotes encargados de que los hijos y la servidumbre encuentre allí un ambiente santo que invite a alabar a Dios. Según San Pablo, el varón representa a Cristo y la esposa a la Iglesia, de cuya unión fecunda han de venir, no sim-

plemente los hijos, sino los hijos de Dios. Y esta familia cristiana tiene como modelo al hogar de Nazareth.

Veamos lo que aquí sucede en la práctica. La escasez de habitaciones obliga a las familias a vivir no en una casa, sino en una pieza, generalmente en un conventillo. Dos, tres o cuatro camas, para seis, ocho o diez personas. Dos o tres en cada cama. Los niños, desde pequeños se inician en los secretos de la vida conyugal; los más grandes son testigos de las mayores irregularidades matrimoniales; se multiplican, incluso, los más vergonzosos insectos. Esa misma pieza que sirve de dormitorio, comedor, sala de recibo y cocina, no es ciertamente el hogar europeo que atrae a toda la familia. La mujer, desgreñada y de mal genio, tiene que quedarse ahí cocinando o lavando; el hombre se va a la cantina o pasea con sus amigos, y los niños se entretienen en la calle o en cualquier lugar menos en su casa. Las muchachas, desde muy pequeñas, son bestialmente solicitadas por los hombres y no encuentran en su familia ni la menor comprensión ni defensa en sus peligros. Ante estos hechos reales, ¿podemos exigir de esa gente la moralidad que supone una familia y un hogar bien constituídos? A lo que se agregan otros datos desoladores: el 29 % de la natalidad chilena es

ilegítima. Y casi no podría ser de otro modo, mientras se mantengan las actuales condiciones. Si en muchos casos el salario no basta para una persona, ¿quién se atreverá a cargar con la responsabilidad de toda una familia? He conversado con un grupo de muchachones de un fundo, todos los cuales tendrían alrededor de los veinte años. Ninguno pensaba en el matrimonio como algo posible, porque eso era para los ricos, o a lo más, para los inquilinos. Y en verdad que no sentían mucho su necesidad, porque se las arreglaban como podían, a lo menos para sus necesidades fisiológicas. Para muchos hombres, el matrimonio no sólo significa una grave dificultad económica, sino también la pérdida del trabajo. Hace poco apareció en los periódicos de provincia un ignominioso aviso, solicitando "enganches" para las salitreras, en los que solamente se permitía un 30 % de casados. Uno se imagina la vida en las salitreras entre hombres solos, o a lo más, visitados periódicamente por mujeres de mala vida, y las tragedias que quedan muchas veces en el centro del país, porque hombres que eran casados, tuvieron que irse como solteros y dejar aquí su familia abandonada. Y pensar que este problema no se siente únicamente en el pueblo, sino que también, con mucha frecuencia y dureza, en la clase media, donde los numerosos

empleados de sueldo básico, no tienen posibilidades de casarse. Y todo esto trae como consecuencia la multiplicación de prostíbulos, las solicitaciones y "engaños" frecuentes a niñas que, a su vez, además de la tentación carnal, sienten también la necesidad de un poco de dinero para vestirse con más decencia. Y el vicio de la carne llega a ser tan común y desvergonzado, que aparece por doquier, a tal punto que quienes conocen muchos países, dicen no haber visto nada semejante en ninguna parte. ¿Bastarán las buenas palabras para remediar este mal? Existe, ciertamente, el tipo de solterón corrompido e incivilizado, que se resiste al matrimonio monogámico, para dejarse guiar quizás por sus instintos atávicos de la poligamia araucana; pero existe también el caso, y muy frecuente por desgracia, del que, por circunstancias económicas, sencillamente no puede casarse. Y aquí, una vez más, hemos de abordar un problema material junto a otro del espíritu.

Hay otras circunstancias, aunque ya menores, que dificultan el acceso del pobre a la Iglesia, y son las que provienen de los horarios de trabajo. Es costumbre tradicional en nuestros campos que los inquilinos trabajen los seis días de la semana para el patrón, y que sólo dispongan de tiempo y medios de trabajo para su tierra el domingo, cuya

mañana, por lo menos, la pasan cultivando su cerco. Otro tanto sucede con los obreros de ciudades y minas, principalmente entre los que tienen turnos de noche, que no pueden estar disponibles en la mañana del domingo. Lo mismo numerosos repartidores que trabajan igualmente esas mañanas. Habría que luchar ciertamente por corregir esos defectos y obtener que, en lo posible (a veces la industria moderna no lo permite), se guardara el descanso dominical; pero entre tanto, tal vez sería más práctico que la Iglesia misma facilitara el acceso al templo, estableciendo misas vespertinas o nocturnas, principalmente en países como el nuestro, que tiene tan poco clero.

Después de este ligero esbozo del problema social chileno, mirado desde el punto de vista religioso, cabe interrogar a la Iglesia acerca de la actitud que ella ha tomado.

Si retrocedemos a la época de la Colonia, nos encontraremos con un panorama magnífico. Los obispos y ambos cleros tomaron decididamente la defensa del indígena, que era el proletario de entonces, y lucharon denodadamente con gobernadores y encomenderos por abolir el servicio personal y establecer tasas razonables. Y fué mucho lo que en realidad consiguieron. Pero, a partir de la Independencia —como ya lo anotamos en el ca-

pítulo primero— se nota un cambio en la posición histórica de la Iglesia. Pierde ésta visiblemente terreno, y no tiene la vitalidad necesaria para tomar las iniciativas fundamentales. No quiere esto decir que haya claudicado en sus principios, ni siquiera que haya descuidado una actitud práctica de caridad frente a los pobres. No. Todo lo contrario. Es siempre la Iglesia, a lo largo de todo el siglo XIX la que lleva la iniciativa en toda clase de obras de beneficencia. Testigo de ello es el porcentaje casi absoluto de hospitales, asilos, etc., etc., levantados por los católicos; pero cuando llega a lo que propiamente se llama la cuestión social, no pudo o no supo abordarla de frente y en toda su magnitud. A la encíclica "Rerum Novarum", de León XIII, hizo eco una hermosa pastoral del Arzobispo Casanova, y aun hubo una efectiva preocupación por los obreros, como lo atestiguan la Unión Nacional y los Obreros de San José, que aun no mueren completamente. Se abrieron también casas de ejercicios en todas las principales parroquias de la antigua arquidiócesis de Santiago y se destinaron principalmente a los trabajadores del campo y la ciudad. En tiempos posteriores se han hecho, incluso, ensayos de divulgación y aun de realización de la doctrina social cristiana, con exponentes tan magníficos como el Padre Vives,

cuyos discípulos permanecen en la Liga Social. También es un hermoso exponente de estas preocupaciones el Pbro. Guillermo Viviani, a quien se debe en no pequeña parte, la Ley 4054 sobre Seguro Obrero, y en el campo técnico social, la ley de Medicina Preventiva del Dr. Cruz Coke. La misma Acción Católica, por medio del Secretariado Económico-Social, ha hecho tentativas de realizaciones. Agréguese a esto muchas hermosas iniciativas de patronos católicos en favor de sus inquilinos, principalmente. Pero todas estas actividades, y muchas más, que se podrían nombrar para completar la lista, han adolecido de un defecto común. Este defecto ha sido el temor e impotencia de abordar el problema social de frente y querer dar, como de hecho se le ha dado, a la acción social católica un carácter patronal. Se ha querido siempre trabajar de arriba hacia abajo, se ha tomado respecto de ellos una actitud protectora y limosnera, como aquellos dueños de fundos que se niegan a pagar salarios justos y son muy amantes de llevar grandes regalos en la Pascua. Se ha temido hablar de frente a los obreros acerca de sus derechos y de la necesidad de luchar por sus reivindicaciones. Se ha esperado —ingenua o maliciosamente— que los capitalistas den su asentimiento a cualquiera mejora de las condiciones de trabajo y de salarios. Se parte de la

base que nunca es lícito enfrentarse a los potentados o, a lo menos, que no es prudente. Las iniciativas del proletariado siempre se tomaron como sospechosas o subversivas. Se ha temido condenar abiertamente a aquellos patrones católicos que no cumplen con sus deberes de justicia. Se han identificado los intereses de la Iglesia con los de la oligarquía y se ha sentido recelo de los más justos derechos del proletariado.

El resultado de todo esto ha sido que la cuestión social, no solamente no se ha podido solucionar, sino que el pueblo no ha visto en la Iglesia la leal defensora de sus intereses, preparando el terreno a la predicación marxista, que sindica a la religión como el opio del pueblo. La Iglesia ha perdido la confianza del obrero, que se aleja visiblemente de ella, principalmente en sus exponentes de mayor calidad, aquéllos que están dispuestos a luchar por sus reivindicaciones. Se ha llegado a decir que la religión es para los ricos y que a los pobres sólo se les trata de engañar para seguir explotándolos.

Por otra parte, y esto es muy digno de notarse, el marxismo, por medio de sus ramas de socialistas y comunistas, ha aparecido como lo único que sincera y valientemente lucha por la reivindicación del proletariado. No quiero defender los errores de su doctrina ni sus tácticas muchas veces injustas,

sólo quiero hacer notar que a los ojos del pueblo. ellos son sus hermanos, los únicos de quienes pueden esperar la solución de los agudos problemas. que sienten en carne propia. La propaganda se ha hecho hábilmente y han ido resueltamente a la lucha de clases, lucha condenable por cierto, pero que a los ojos del pueblo se presenta como la única solución posible por la cual todo hay que sacrificarlo. Y el obrero se ha sacrificado generosamente (no hablo aquí de los dirigentes que a veces los explotan), y con el sacrificio ha aprendido a amar la causa que defiende, y lo que es peor, muchas veces ha incluído a los curas en la clase de los ricos a quienes odia. Y así, no por vía dogmática, sino pragmática y social, se ha alejado de esa religión que aun ama y mantiene en su corazón.

Frente a esta dolorosa situación, se impone un cambio radical en la política social de la Iglesia. Aunque en gravísimo peligro de perderse, la ruptura del pueblo no está aún consumada. Por táctica y conveniencia, el socialismo y el comunismo no se han mostrado totalmente cómo son a la masa de sus adeptos. Se les ha hablado de mejoramiento social y justas reivindicaciones. No se les ha hablado de los principios materialistas y ateos en que se fundamentan. Y esto quiere decir que ellos se consideran simultáneamente marxistas y católicos.

porque no ven la incompatibilidad. Pero el día en que ésta aparezca clara ante sus ojos y, por otra parte, vean que esa alma de verdad marxista se encuentra más segura y hermosa en el catolicismo, cuando comprendan que para la conquista de los bienes materiales no deben renunciar a los espirituales, cuando se interesen por vivir bien aquí y alcanzar también la vida eterna, cuando comprendan que sus nobilísimas aspiraciones están bendecidas por la Iglesia y que forman parte del mandamiento de la caridad, que es obligatorio para todo hombre y en especial para todo cristiano, cuando se sientan comprendidos y apoyados por la Iglesia, un nuevo horizonte se abrirá ante su vista y un nuevo panorama se presentará también para el porvenir de la Iglesia.

Mas, es de todo punto indispensable que, frente a la cuestión social, los católicos nos atrevamos a tomar el toro por las astas, para emplear una expresión que, aunque vulgar, es gráfica. No hemos de tomar una pura actitud patronal y de beneficencia, muy buena pero insuficiente, sino que hemos de ir al obrero, al obrero que lucha, y prepararlo para una restauración cristiana de la sociedad. Es necesario y justo que el obrero se sienta gestor de su propia epopeya, y que la Iglesia le preste su valioso apoyo moral y aun económico, cada vez que

defienda su justa causa, aunque para ello tenga que indisponerse con los poderosos de la tierra, por muy católicos que sean, aunque dejen morirse de hambre a los párrocos de los campos, y aunque tengamos que sufrir persecución por causa de la justicia. Perdamos la esperanza de que los capitalistas sean quienes arreglen la cuestión social, y pongamos la confianza en los obreros, bendigamos sus legítimos esfuerzos, y hagamos todo lo que esté de nuestra parte por capacitarlos para luchar denodadamente, dentro de los principios cristianos se entiende, por la reivindicación social.

¿Es dable esperar de los católicos chilenos una actitud semejante? No quiero ocultar un cierto escepticismo al respecto. Las conquistas sociales cristianas no suelen ser el antecedente de la labor religiosa, sino, por el contrario, su fruto maduro. En los primeros siglos, el movimiento de liberación de la esclavitud no comenzó teorizando sobre el derecho a la libertad, sino que ésta vino como un fruto de la caridad y de la vida cristiana integral. Lo mismo podemos decir de los gremios de la Edad Media, que no fueron planeados por sociólogos, sino que fueron el resultado o, por lo menos, parte integrante de una organización cristiana de la sociedad. Ahora, en cambio, tenemos una doctrina magnífica, claramente establecida y promulgada por

León XIII y Pío XI, mas, ¿tenemos el suficiente espíritu cristiano para llevarla a la práctica? Porque, al revés de las cuestiones dogmáticas, que interesan solamente al espíritu, la solución del problema social incluye muchas veces sacrificios pecuniarios de parte de aquéllos que se benefician con la injusticia del régimen actual, y no se resignan a perder su situación privilegiada, por injusta que ella sea. Y ya hemos visto la calidad de nuestro cristianismo, que se caracteriza más por el tradicionalismo que por el vigor del espíritu. A lo que se agrega la corrupción del criterio liberal, que establece un divorcio entre los postulados dogmáticos y las exigencias sociales, a tal punto que aquellos mismos que estarían dispuestos a defender con su vida el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía, no tendrán la fe suficiente para ver el Cuerpo Místico de Cristo en la humanidad doliente por falta de justicia. Y por esta razón, al revés de cuando encontrábamos la raíz de defectos morales en factores económico-sociales, al buscar ahora la solución al problema social, no la vemos tanto en la técnica y sistemas, que al fin y al cabo son secundarios y dependen de quien los aplique, sino que esa solución la divisamos sólo en una intensificación de la vida del espíritu, en un auténtico y leal cristianismo, que no rehuya las obligaciones sociales. Porque al fin

de cuentas, la lucha empeñada entre el marxismo y el cristianismo, es una lucha entre el concepto materialista de la vida, y el que da la primacía a lo espiritual. Pero nada sacamos con que nuestra doctrina sea espiritual, si no lo es también nuestra vida, si en la práctica no somos capaces de anteponer los intereses del espíritu a los de la materia.

VI. EL PROTESTANTISMO

Durante la Colonia, los únicos protestantes que pisaron nuestro territorio fueron los corsarios y filibusteros ingleses y holandeses que amagaron nuestras costas y saquearon todos los puertos de Ancud a Coquimbo. Pero sus depradaciones, sin embargo de ser muy considerables, quedaron reducidas al campo de lo material y no pueden compararse con los ingentes daños que los misioneros evangélicos realizan en el terreno de la fe y de la espiritualidad.

Ya en 1821 llegó el primer propagandista de la Biblia protestante en la persona de don Diego Thompson. En 1837 vino un capellán de la iglesia anglicana para la atención de la colonia inglesa. En 1873, el Rev. David Trumbull establece la

iglesia presbiteriana, y en 1877 el obispo William Taylor inicia la obra metodista. A éstas se han ido agregando la iglesia bautista, la alianza cristiana y misionera, los adventistas, el ejército de salvación, las sociedades bíblicas y las asociaciones cristianas de jóvenes y señoritas. El año 1909 marca una fecha importante: se funda la iglesia pentecostal, separándose de la adventista. El protestantismo chileno es ya lo suficientemente sólido para formar sectas aparte que se bastan a sí mismas y que realizan una labor verdaderamente extraordinaria de proselitismo. Desde esa fecha, las sectas chilenas se multiplican en tal forma, que sería imposible enumerarlas. Será, sin embargo, interesante conocer cómo se originan muchas de ellas. Al autor de estas líneas le tocó viajar de Llay-Llay a Santiago, junto a una señorita que ostentaba el uniforme del Ejército Evangélico. En la intimidad de la conversación ella contó sus últimos sufrimientos. Venía de Valparaíso, donde había predicado ocho días en la plaza Echaurren. Durante todo el tiempo levantó cátedra frente a ella otro pastor, cuya historia ella me contaba: era de nuestra misma secta y en circunstancia que el pastor debió ausentarse de Valparaíso, él fué designado para reemplazarlo. Este aprovechó la ocasión y se alzó con los fondos y con los fieles y

fundó una nueva secta. Ella, entonces, se defendía públicamente en tono profético: lo que Ud. hizo con nosotros, otro lo hará con Ud. Y así se multiplican las sectas, y también los prosélitos, ya que, según el informe chileno a la Primera Semana Interamericana de Acción Católica, existen en Chile 200,000 protestantes, la cifra más alta de toda la América Latina. Y éste no es el mayor daño de la acción protestante, sino el número inmensamente mayor de los que pierden la fe y llegan al más absoluto escepticismo, lo que se origina de varias maneras. Con alguna frecuencia, los hijos de protestantes no siguen la religión de sus padres, sino que se avergüenzan de ella. Otros, estupefactos ante las razones en pro del catolicismo y en pro del protestantismo, son impotentes para tomar una resolución y caen en el escepticismo. Gran número de los que ingresan a alguna secta, sólo pueden soportar por algún tiempo la moral que les exigen, especialmente en lo que al alcohol se refiere, y abandonan la secta, pero no regresan al catolicismo. Muchísimos, de la abundante propaganda protestante, captan sólo el aspecto negativo de impugnación a la Iglesia Católica, que es lo que hacen con más entusiasmo y dedicación, y pierden la fe tradicional sin reemplazarla por ninguna. Y así, la propaganda protestante, junto a un núme-

ro de prosélitos relativamente pequeño que logra disciplinar y lanzar al apostolado, va dejando por todas partes una ancha estela de incredulidad.

¿Cómo hacen su obra de apostolado? Debemos recalcar el hecho que desde el comienzo y ahora más que nunca, la propaganda protestante ha sido impulsada de los Estados Unidos. Desde allá llegan misioneros, dinero y toda clase de material de propaganda, en tal abundancia, que, por lo general no se puede competir con los débiles recursos de la Iglesia en nuestra patria. Este hecho pesa dolorosamente el corazón de los católicos chilenos que, aunque se congratulan con la política de buena vecindad y quisieran mantener relaciones muy amistosas con la gran nación del Norte, ven llegar de allá los puñales que van desgarrando el catolicismo chileno. Y este hecho de orden espiritual y trascendente, no puede, en manera alguna ser desvirtuado ni disminuído por ventajas materiales, por grandes que ellas sean. Mientras el peligro protestante siga viniendo del Norte, no podremos tener confianza plena en la amistad con Estados Unidos. Por otra parte —hecho doloroso también—, los católicos norteamericanos casi nada hacen por nosotros, mientras sus connacionales protestantes no omiten ningún esfuerzo ni actividad que tienda a la destrucción del catolicismo.

A esto se agrega el apoyo de nuestro propio gobierno. El pastor Muñoz, representante de Chile al Congreso Evangélico celebrado en Buenos Aires en junio de 1940, hace esta declaración: "El actual gobierno da muchas facilidades a las Iglesias Evangélicas, como también la prensa, aun la conservadora" (1). A la Acción Católica se le ha negado permiso para una colecta nacional y, en cambio, no sólo se da permiso hace ya varios años al Ejército de Salvación, sino que se encarga a los propios Intendentes organizar dicha colecta, y hubo uno que este año encargó de esto a los profesores primarios. Gracias a la oportuna intervención de un diputado conservador, se evitó la violación de la conciencia de muchos profesores católicos o de otras ideologías, que habrían sido obligados a recolectar fondos para una obra que ellos repudian. Lo mismo sucede con las manifestaciones públicas y predicaciones callejeras. Cada vez que los católicos necesitamos hacer procesiones u otros actos públicos de nuestra fe, hemos de elevar una solicitud a la autoridad correspondiente y someternos a las disposiciones generales de orden público. Los protestantes, en cambio, sin avisos ni autorización de ninguna especie, rea-

(1) "Informe Oficial del Congreso Evangélico". Buenos Aires, 1940. Pág. 90.

lizan diariamente sus procesiones y desfiles, y en sus locales molestan al vecindario con ruidos hasta una hora avanzada, en que esto no lo permiten los reglamentos municipales. En sus manifestaciones callejeras, ellos no se limitan a combatir abiertamente la religión desde el punto de vista doctrinal, sino que también emplean el insulto y la calumnia respecto de los sacerdotes y del Papa.

Para su propaganda entre la clase media, se sirven de colegios y los espléndidos locales de la asociación cristiana de jóvenes; pero indiscutiblemente que a la masa llegan por medio de la predicación callejera. Tienen equipos y brigadas de predicadores, que recorren incesantemente los barrios y los pueblos más apartados, con una constancia y sacrificio dignos de mejor causa, aun cuando nadie los escuche, y así van sembrando la semilla del error. Todos los grupos de predicadores tienen coros bien ensayados para atraer a nuestro pueblo tan amante del canto. Algunos usan también pequeñas bandas de instrumentos músicos, y últimamente he visto hasta una bailarina araucana que con sus danzas atrae los oyentes a las predicaciones y a los donantes de las limosnas con que mantienen su propia propaganda. Esta propaganda es verdaderamente abrumadora; pero cuando en los campos o barrios populares se hacen procesiones pe-

riódicas con predicación callejera de seglares o sacerdotes, no pueden resistir la competencia y huyen a otros sitios.

En la propaganda impresa y radial sobresalen principalmente los adventistas del séptimo día. La revista "Atalaya", aunque editada en Buenos Airès, se difunde ampliamente en nuestra patria, y hay que reconocer que está bien presentada. Lo mismo hay que decir de sus numerosos libros, que incesantemente los colportores ofrecen a los mismos sacerdotes. Suelen insinuarse muy hábilmente, presentando libros de medicina y cocina. Los mismos libros doctrinales no suelen tener ningún ataque en los primeros capítulos, a tal punto que un católico culto llegó un día a preguntarme si "Retorno a la Razón" era efectivamente un libro protestante, porque él lo había encontrado muy bonito. Y así es frecuente encontrar estos libros en los hogares más católicos. Lo mismo podemos decir de "La Voz de la Profecía", cuyo locutor se insinúa muy insidiosamente y muchos católicos ingieren el veneno sin saber de donde viene. Tuve la curiosidad de seguir el curso por correspondencia que complementa la acción radial de "La Voz de la Profecía" . Me llamó la atención que usaran la Biblia católica de Torres Amat. Pregunté si la estimaban mejor que las protestantes. Me contesta-

ron que más adelante se usaba la Versión Moderna. Suspendí el curso cuando se comenzaron a insinuar las peticiones de dinero en unas clases que se anunciaban como completamente gratuitas. En resumen, podemos decir que la propaganda impresa adventista es el típico lobo con piel de oveja. ¡Cuántos católicos han perecido ya en manos de este lobo!

¿Qué hacer frente a toda esta propaganda? Muchos sacerdotes y católicos cultos subestiman el peligro que ella significa. No miran el problema desde el punto de vista de nuestro pueblo, en sumo grado ignorante, sino que se sitúan en su propio plano de cultura y les parece imposible que pastores tan rudos e ignorantes como suelen serlo de verdad, con predicaciones tan mal hechas, y con costumbres tan ridículas como la de orar en forma de saltos y danzas histéricas, puedan conseguir adeptos. Pero los hechos son elocuentes. 200,000 prosélitos en un tiempo relativamente breve es una cifra que nos debe hacer meditar y temblar. No podemos seguir desestimando el peligro protestante ni seguir la política del avestruz, que esconde la cabeza para no ver. Si no viene una reacción católica enérgica y pronta, grandes masas de católicos del pueblo y aun de la clase media, se perderán irremediablemente para la Iglesia. Frente

a los continuos ataques, nos hemos de defender incesantemente. Prohibir a los católicos que escuchen sus predicaciones y compren o lean sus escritos. Hemos de explicar de continuo desde el púlpito y en las clases de religión los fundamentos de nuestra fe y aquellos textos más discutidos. Hemos de oponer el libro al libro y el volante al volante. Hemos de salir también, como ellos, a predicar por las calles, y hemos de acostumbrar a nuestros católicos a que también ellos hagan apostolado por doquier. No siempre podremos rehuir las públicas controversias periodísticas o de palabra. Pero todo esto será inútil si no hacemos un sincero examen de conciencia y cambiamos nuestra actitud.

Es también necesario decir una palabra sobre nuestro modo de enfocar el problema. A base de libros venidos de Europa, tenemos un concepto totalmente errado y anticuado. Lo concebimos y combatimos como se podría hacerlo con Lutero, y nos olvidamos que nuestro protestantismo criollo es muy diferente. Nos hace falta un manual del protestantismo chileno, en que se estudien principalmente las sectas nacionales y se den argumentos apropiados. No interesa tanto a nuestros evangélicos discutir sobre la libre interpretación de la Biblia, porque ellos lo hacen espontáneamente y sin hacer mayor

cuestión del asunto. Lo mismo dígase sobre los ataques a la vida privada de Lutero o Calvino, que a ellos les importa muy poco. Pero, en cambio, habría que demostrarles con hechos que la Iglesia Católica no prohibe la lectura de la Biblia; que la ley seca no tiene un origen bíblico, sino norteamericano; que los católicos también saben orar y cambiar de vida, y usar muchos argumentos ad hominem, a base de lo que ellos mismos creen, practican y viven.

El Protestantismo apareció en Europa en una hora negra para la Iglesia. Los padres del Concilio de Trento comprendieron que todo sería imposible si no se emprendía valientemente la obra de la contrarreforma. Como toda herejía, el protestantismo es gangrena de la Iglesia misma. Hay que atacar las causas profundas del mal y no limitarse a limpiar lo que aparece a la superficie. Si el protestantismo que se diluye y retrocede en Europa y Estados Unidos, tiene aquí tanto éxito, es porque aquí se reproducen, a lo menos en forma equivalente, las condiciones que en otros siglos lo favorecieron en Europa. Porque tenemos una fe inconmovible en la Iglesia indestructible y asistida por el Espíritu Santo, a pesar de sus defectos humanos, nos atrevemos a mirar de frente sus deficiencias, seguros de que tienen remedio, y de que cuando la Iglesia, libre de sus dolencias y llena de vitalidad, se alce en medio del protestan-

tismo, éste inevitablemente comenzará a deshacerse como el hielo junto al fuego.

Hemos de comenzar por reconocer el bajo nivel moral de nuestros católicos. Existen, por cierto, personas muy santas y virtuosas; pero tenemos también el hecho triste: muchos católicos que sólo lo son de nombre. Tienen fe ciertamente, mas no ven o no quieren ver la estrecha vinculación que tiene con la moral, y no son pocos los casos de aquéllos que, al mismo tiempo de hacer ostentación de su religiosidad, exhiben también públicamente su vida escandalosa. Y como los católicos tenemos en nuestra contra la masa inmensa de nuestros prosélitos, muchos de los cuales sólo son católicos por tradición, y los protestantes, en cambio, son todavía relativamente muy pocos, y en el fervor de la conversión, a lo que se agrega la propaganda farisaica que ellos se hacen de sus propias virtudes, no nos admiremos que entre el pueblo, el ingreso en el protestantismo signifique una elevación moral, que generalmente se traduce en el alejamiento del alcohol. Esto es tan efectivo, que muchos se convierten al evangelio con la esperanza de dejar la embriaguez, pensando que eso nunca lo conseguirán siendo católicos.

La segunda causa, sin duda más grave y extendida que la primera, es la ignorancia religiosa. Existe un porcentaje de personas, imposibles de deter-

minar por la naturaleza misma del asunto, que ingresan al protestantismo atraídos por motivos materiales u otras razones secundarias. Mas tengo para mí, que entre aquéllos que se "convierten" de buena fe, la inmensa mayoría lo hace buscando allá migajas de espiritualidad, que en el catolicismo se encuentran en plenitud, pero que para ellos han sido una fuente sellada. Sé de personas católicas que al pasarse al protestantismo han tenido la inmensa revelación y alegría de saber que Dios es un ser vivo. Lo mismo puede decirse de la lectura de la Biblia y del modo de hacer oración. Un pastor me decía en cierta ocasión, con significativo retintín: "los católicos rezan, nosotros oramos". Y otro pastor me quiso convertir a mí mismo, asegurándome que en la Iglesia Católica no había perdón de los pecados, sino sólo en la iglesia pentecostal.

Ante esta situación, me parece que se impone una revisión de nuestros métodos de formación, a fin de mejorar la calidad espiritual de los católicos. Es muy elocuente lo dicho por el relator Santiago Brurón en la Primera Semana Interamericana de Acción Católica: "Falta un mejor aprovechamiento de la acción del sacerdote en orden a la enseñanza de la religión. Muchas funciones religiosas, la Santa Misa, novenas, etc., no son aprovechadas para predicar con claridad los fundamentos de la doctri-

na, de tal modo que los fieles suelen "descubrir" en las prédicas callejeras de los "Evangélicos" principios de vida interior, de renovación, etc., que debieran haber adquirido en plenitud en el catolicismo. A este respecto, ningún informe es mejor que el argentino, cuando, copiando lo dicho por el R. P. Dunne S. J., expresa: "Una lamentación común entre católicos norteamericanos residentes desde mucho tiempo en el sur, es que el clero no ha instruído suficientemente al pueblo. Muchos del clero se han dado más a la promoción de devociones "especializadas" de un santuario, de un santo, que a explicar las bases racionales de la Fe. Laicos latinoamericanos se lamentan a menudo que el pueblo vive en cierta ignorancia de los dogmas y de la teología de su Fe. Lo que se necesita en los sermones es menos ternura devocional y emoción religiosa, y más de la racionabilidad del cristianismo. La mayor parte de la predicación parece ser como para mujeres. Muchos de los sermones que yo he escuchado son tales, que no atraerían a un hombre a volver a escuchar otro. Además de esta cualidad super emocional, ha habido demasiada gritería, demasiadas alocuciones apuradas, etc.".

Sin embargo, tenemos que reconocer que hemos mejorado en los últimos años. Pregunté a un notable catedrático norteamericano, metodista, que estu-

vo hace algunos años en Chile y ahora ocupa un puesto de importancia en la Embajada de su patria en Santiago, la opinión que tenía de nuestro catolicismo, y me dijo: noto los siguientes progresos: se predica ahora más de Jesucristo y menos de María, se emplea menos el latín y se trata de que los fieles sigan en castellano las ceremonias litúrgicas; entran al Seminario jóvenes de mucho más valor que los que ingresaban antes. Y respecto de una homilía de pentecostés que había oído recientemente, me dijo como un elogio: era tan buena que la habría podido predicar cualquier protestante.

No sólo la predicación, sino también las clases en los colegios católicos y fiscales han tomado una orientación más dogmática; pero el camino por recorrer es todavía ilimitado.

En la contrarreforma europea se creyó conveniente restringir y reglamentar la lectura de la Biblia. Ahora, en cambio, que las circunstancias son tan diversas, es de todo punto indispensable fomentar al máximo su difusión y lectura. Es un hecho indiscutible que uno de los mayores atractivos espirituales del protestantismo es la lectura de la Biblia. Muchos de nuestros católicos, en cambio, siguen creyendo que es un libro prohibido. La ausencia de la Biblia es una laguna vergonzosa en nuestro catolicismo. Cierto es que se han hecho al-

gunos esfuerzos por difundir Evangelios y Nuevos Testamentos, especialmente la Editorial San Francisco de Padre Las Casas, que ha colocado ya 25,000 de estos últimos, y hace poco, ha lanzado una nueva edición, simultánea a otra de la Editorial del Sagrado Corazón de 20,000 Nuevos Testamentos; pero hasta la fecha no tenemos Biblias completas, porque las que llegan de fuera son tan caras, que a uno le da vergüenzan cuando preguntan su precio los que se interesan por adquirirla.

Veamos, en cambio, lo que hace la Sociedad Bíblica —no en diez años a que corresponden las cifras anteriores—, sino en 1942 y 1943, años de guerra, en que la difusión de la Biblia se vió muy disminuída:

1942:	5,608	Biblias completas.
	16,076	Testamentos completos.
	146,960	Porciones bíblicas.
1943:	1,220	Biblias completas.
	10,718	Testamentos completos.
	111,984	Porciones bíblicas.

El ambiente está ampliamente preparado para la difusión y lectura de la Biblia: pero éstas son las que faltan. Lo peor es que no se ven aquí posibilidades de hacer ediciones que puedan competir en precio y calidad con las que vienen de Estados Uni-

dos e Inglaterra. Y esta ausencia de Biblias es un continuo escándalo para los fieles, y un argumento terrible en boca de los protestantes, que siguen asegurando que nosotros prohibimos su lectura. Y así resulta de hecho, porque no podemos permitir que se lean Biblias protestantes, y no tenemos católicas para reemplazarlas.

Mucho habría que decir sobre apostolado bíblico, tanto en lo que se refiere a la difusión como al aprovechamiento del sagrado texto en la formación de los fieles; pero, ¡a qué idealizar cuando todavía no tenemos lo fundamental que es la Biblia misma!

Casi tan importante como la Biblia es el movimiento litúrgico. Aunque presente con el cuerpo, nuestros fieles están casi completamente ausentes de nuestros ritos y ceremonias, en especial de la Misa. Prefieren aquellas formas de devoción más populares como las procesiones y las novenas, que ellos comprenden más y en que toman parte más activa. El culto protestante, incomparablemente inferior a la liturgia católica, los atrae, sin embargo, mucho más, porque lo entienden y toman en él parte activa. En cambio, en nuestros templos aparece el sacerdote allá lejos, recitando oraciones en un latín ininteligible, y los fieles rezando rosarios para no aburrirse mientras tanto. Estoy convencido de que el latín es como una muralla entre el sacerdote y los

fieles, y que si la Santa Sede concediera permiso para que, a lo menos aquí, se pudieran decir en castellano siquiera las partes didácticas de la Misa y aquéllas que se deben rezar con todo el pueblo, ganaría enormemente el provecho espiritual de los fieles. Lo mismo podríamos decir del Bautismo, que es actualmente tan aburrido y que podría ser tan instructivo. Claro que todo esto se puede solucionar en parte con traducciones apropiadas a los fieles; pero éstas siempre tienen algo de artificial y en todo caso sería mejor que las oyeran de boca del mismo sacerdote. Se objeta a veces que el latín es la expresión de la unidad de la Iglesia; y se olvida que por mantener una unión externa, oficial y muy discutible, se está perdiendo la unión sobrenatural del espíritu en la única vida de la Iglesia. Otros defienden el latín en favor de los viajeros que recorren diversos países y experimentan una grata emoción al oír en todas las iglesias la misma lengua; pero se olvidan de que ésos son la excepción y que la inmensa masa de los fieles está perdiendo el contacto sobrenatural con la Iglesia que da la liturgia.

Sin solucionar por cierto el problema, el manual de piedad "Oremus", del Pbro. Eladio Vicuña, que ha tenido una extraordinaria difusión —más de cien mil ejemplares—, ha significado un gran esfuerzo para incorporar a los fieles a los goces de la

liturgia. Inmensamente bueno es también "Mi Misal Dominical", editado en Norteamérica y que comienza a circular entre nosotros a un precio muy módico. Si se le adoptara y empleara en todo Chile, eso podría significar el comienzo de un auténtico y vigoroso movimiento litúrgico. A lo que habría que agregar cánticos populares que, de acuerdo con cada tiempo litúrgico, pudieran ser cantados por todos los fieles.

Estoy seguro de que este doble movimiento, bíblico y litúrgico, mejoraría de tal modo la espiritualidad de nuestros fieles, que ya no necesitarían ir a mendigar a los cultos protestantes, sino que en nuestras iglesias encontrarían el pan de vida de la palabra de Dios, y aprenderían a adorar al Señor en espíritu y en verdad, lejos de las exageradas devociones a las ánimas y a los santos, que en el espíritu de ellos está llena de supersticiones que ofrecen un blanco magnífico a las impugnaciones protestantes.

Hoy por hoy, el protestantismo es un gravísimo peligro, del que no podemos librarnos sin un mejoramiento efectivo de nuestras calidades espirituales. Presionados por el enemigo, hemos de reaccionar necesariamente, y Dios, que sabe escribir derecho con renglones torcidos, permitirá que todo redunde en mayor gloria suya y bien de nuestras almas.

VII. LOS HIJOS DE LAS TINIEBLAS

Si con estas palabras —hijos de las tinieblas— Jesús designó a todos los enemigos de Dios y de su Iglesia, es evidente que en ninguno de esos enemigos esta denominación se verifica en una forma más adecuada que en la masonería, el antro de las tinieblas por excelencia. Y como su acción anticristiana, no por provenir de la obscuridad, deja de ser menos real, no podía faltar un capítulo dedicado a ella en este estudio de los problemas del catolicismo en Chile. Lo que dice "Archivum", Revista de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina (1), creo que literalmente puede también aplicarse a nuestro país: "Tanto en el pasado como

(1) Tomo I, Cuad. 2, pág. 551. Buenos Aires, 1943.

en el presente de nuestra vida política y religiosa hay hechos que carecerán siempre de explicación, si no se tienen en cuenta los factores ocultos e invisibles que los han producido y provocado. Al estudiar la Historia de la Iglesia en la Argentina y analizar el origen de sus luchas y de sus triunfos, es menester no olvidar que frente a ella, agazapadas en las sombras del misterio y envueltas en el "camouflage" de la filantropía y del altruismo, actúan las sociedades secretas, una de las cuales, la Masonería, ha jugado un papel preponderante en la descristianización y paganización de las masas populares argentinas. Quien pretenda estudiar a fondo la evolución escolar y universitaria, la aparición de la escuela laica, de la democracia liberal, de la prensa atea o aconfesional, e historiar todos los ataques de que ha sido víctima la Iglesia Católica en nuestro país desde 1810 hasta hoy, no podrá lícitamente renunciar al trabajo de investigar seriamente la parte de actividad que en todo ello corresponde a las logias masónicas: trabajo difícil, ciertamente, por el secreto en que éstas ocultan sus actos y sus planes inconfesables".

En lo que a nuestro punto se refiere, más que historiar en detalle todos los ataques y celadas tendidas por la masonería al catolicismo, nos interesa fijar, siquiera sea en sus rasgos generales, la po-

sición de la masonería frente al catolicismo, y destacar el peligro que allí se encierra.

Si nos atenemos a sus propias definiciones, nada tan inofensivo. Según las constituciones chilenas de 1862, "La Orden Masónica tiene por objeto la beneficencia, el estudio de la moral universal y la práctica de todas las virtudes". Casi lo mismo dice la constitución de 1912": "La Francmasonería es una institución esencialmente filosófica y progresista, tiene por objeto la investigación de la verdad, el estudio de la moral y la práctica de las virtudes". Esta definición chilena concuerda plenamente con la de los ritos inglés, escocés y norteamericano: "Un hermoso sistema de moral revestido de alegoría e ilustrado con símbolos". Y también: "Una ciencia que se ocupa de la investigación de la verdad divina". Con su prolijidad característica, los masones alemanes nos dan una definición más explícita: "La actividad de los hombres unidos íntimamente, sirviéndose de símbolos tomados principalmente del oficio de albañil y de la arquitectura, trabajando por el bienestar de la humanidad, procurando en lo moral ennoblecerse a sí y a los demás, y, mediante esto, llegar a una liga o paz universal, de que aspira desde luego a dar muestras en sus reuniones".

Por desgracia —y sobre esto no cabe la menor duda— tan buenos propósitos son sólo una máscara de fines ocultos. Sabido es el secreto impenetrable de sus logias, aun para sus mismos adeptos. Muchas veces he oído esta confidencia: cuando me invitaron a entrar a la masonería pregunté cuál era su finalidad. Se me contestó que sólo cuando fuera masón se me podría confiar ese secreto, y prefirieron dejarme fuera —a pesar del interés que demostraban—, porque no me sometía a ese requisito absurdo. Pero no todos tienen la honradez de proceder en esta forma, y se inician bajo los más estrictos juramentos, encaminados a finalidades completamente ocultas. Sólo les dejan entrever algún lucro material, y esto basta para que se "inicien" los que no tienen despejada su conciencia. Mas, no nos imaginemos que una vez adentro se les descorrerá el velo. Es la masonería una malla intextricable de secretos que se van descorriendo muy lentamente, y sólo a los que están preparados para ello. Y las finalidades últimas se pierden en la bruma de los Grandes Orientes del extranjero, que manejan a nuestros masones nacionales, que no son ciertamente los que tienen la directiva internacional. No nos avancemos, por lo tanto, en una excursión tan lejana, sino que quedémonos en nuestras realidades nacionales. Y vea-

mos el punto que más nos interesa, que es el de su aversión al catolicismo. Para demostrar cómo hay incluso masones de buena fe —esos de los grados ínfimos— que aún permanecen engañados por la proclamación de la tolerancia masónica y por sus continuas declaraciones de no oponerse a ninguna religión, nada tan ilustrativo como la dificultad surgida en el seno de la masonería argentina en 1889, y de la cual hay documentos impresos por los mismos masones para que circularan por todas las logias argentinas, y que cayeron en manos de historiadores que los publicaron íntegros como preciosos documentos (1). De ahí extractaremos lo principal. Don José C. Soto, Grado 33, el 30 de junio de 1899 envió la circular Nº 111 a los masones argentinos "incitándolos a iniciar un movimiento contra la escuela católica, contra la Iglesia en general y contra la Compañía de Jesús en particular". Pero había en aquel entonces muchos "hermanos" —imperfectamente iniciados— que creían en su sentido obvio aquellas declaraciones de que "la Masonería abre su seno a los hombres de todas las nacionalidades, de todas las razas y de todas las creencias" y que por eso mismo "prohibe en sus logias toda clase de discusiones polí-

(1) Archivum. Tomo I, Cuad. 2, págs. 552-578.

ticas y religiosas". Los que así creían se asustaron de una circular tan agresiva, y en representación de esa corriente de opinión, el "hermano" Alejandro F. Mohr, interpeló a don José C. Soto, acusándolo de que esa circular violaba la Constitución masónica. Esto dió lugar a un interesantísimo debate en las tenidas del 28 de julio y 4 de agosto del mismo año, en que el "hermano" Soto sacó la careta a la masonería, demostrando con abundancia de argumentos que una cosa era la "letra" y otra el "espíritu" de esos artículos de la Constitución, y que, conforme a la tradición masónica, no se puede ser católico y masón al mismo tiempo. Los discursos de ambos contrincantes fueron impresos y circularon en todas las logias argentinas, a fin de unificar el pensamiento masónico. No nos extrañe, por lo tanto, que haya, incluso, masones de buena fe, aunque muy ingenuos, que no vean el antagonismo; pero que son usados hábilmente como instrumentos de sus finalides ocultas. Pero interesa ver cómo se presenta en la conciencia del masón corriente la relación entre la masonería y el catolicismo.

En su forma actual, la masonería data de 1717, fecha en que fué organizada por Anderson. Se extiende poco después a Francia, a Europa y al mundo entero. Hemos de considerar que en esa

época había en el mundo una fortísima corriente anticlerical, no sólo en Inglaterra donde ya había triunfado totalmente la Reforma, sino en Francia donde se incubaba la Revolución Francesa, obra, en gran parte, de la misma masonería. Según una táctica muy hábil, los "sabios" de la masonería presentan en esta forma el ataque a la Iglesia Católica. Según propias declaraciones, ellos propician una religión universal, cuyos postulados son siempre escurridizos, porque abominan de todo dogma; pero que dejan siempre muy en claro la virtud de la tolerancia, con lo cual consiguen ya minar los postulados cristianos e inducen a los hombres al indiferentismo religioso. Después, manejando siempre la palabra tolerancia, descubren que el catolicismo es la intransigencia misma, y que, por lo tanto, la tolerancia no podrá vencer mientras no sucumba la Iglesia Católica, su mortal enemiga. Y henos aquí al masón, en virtud de la misma tolerancia, convertido en el intolerable más intransigente del catolicismo. Esta táctica es un típico procedimiento masón. Les permite usar como propaganda, palabras que tienen buena acogida, pero que ellos entienden y manejan en sentido muy diverso. Esto también nos irá indicando el por qué de la necesidad del secreto en la masonería. Es necesario una "iniciación" para que se acepten sus

postulados, y con mayor razón aún, cuando se trata de sus procedimientos, que ningún hombre honrado aceptaría, y por eso hay que mantenerlos en el secreto. Hay una pregunta que nunca los masones han podido contestar. Si tienen los fines nobles que proclaman, y no usan para realizarlos de ningún procedimiento inmoral, ¿a qué obedece un secreto tan estricto? Repito, a esta pregunta nunca han podido dar una respuesta satisfactoria. No nos extrañe, por tanto, que la masonería esté repetidamente condenada por la Santa Sede, tanto en lo que se refiere a su doctrina como a la moralidad de los medios de que se vale para combatir la religión y conseguir sus fines ocultos. Dice así el Código de Derecho Canónico, c. 2335: "Los que dan su nombre a la secta masónica o a otras asociaciones del mismo género que conspiran contra la Iglesia o las legítimas potestades civiles, incurren por el mismo hecho en excomunión simplemente reservada a la Sede Apostólica".

Pero, veamos cómo se presenta la masonería entre nosotros. A primera vista aparece como una simple sociedad de socorros mutuos, como lo es efectivamente; pero aun en eso procede con injusticia e inmoralidad. Son conocidos los esfuerzos de los masones por obtener los puestos públicos y aun alcanzar la dirección política del país. Llegados

arriba, no sólo se preocupan de lucrar personalmente, sino que la "viuda" —como ellos familiarmente llaman a la masonería— se sirve de ellos para conseguir más adeptos. Y así los puestos y rentas del gobierno sirven de cebo a los nuevos "hermanos". Pero este procedimiento tiene el gravísimo inconveniente de que los puestos y los ascensos se consiguen por méritos masónicos que no siempre redundan igualmente en bien de la institución a que sirven. Es frecuente ver que un hombre mediocre o en situación difícil, incapaz de afrontar la vida honradamente por sus merecimientos personales, aparece de la noche a la mañana ocupando un puesto que sobrepasa sus merecimientos. Pronto se sabe la noticia: ha ingresado a la masonería. El hombre que así ingresó, ignorando los fines ocultos, y asegurando sólo su situación económica, ya ha hecho una primera traición a su conciencia. Después tendrá que seguir en una cadena ininterrumpida de estas traiciones, porque la renta de que disfruta es una cadena de oro que le ata a los procedimientos de la masonería, cada vez que de él tienen necesidad. Y así se va hilvanando una trama masónica que es indispensable mantener en el más riguroso secreto. Y mientras tanto, ¡cuántas instituciones se bambalean, conducidas por manos ineptas!

En su ataque a la religión, se sirve la masonería de todos los procedimientos, desde la conversación privada, hasta el libro y la prensa, no desdeñando por supuesto las cátedras de enseñanza. Comienza siempre hablando de tolerancia, para terminar hablando de la Iglesia, con mayor o menor desenvoltura, según las circunstancias lo indiquen; pero siempre dejando en todas partes la gota de veneno. Un día se hablará de Galileo, otro día se sacará a relucir la Inquisición y el terrible Torquemada, aparecerá después la matanza de San Bartolomé, la Papisa Juana, los papas Borgia, etc., etc. Nada importa que todo eso esté ya ampliamente dilucidado. La masonería, que siempre busca la luz, nada ha visto de las investigaciones históricas que reivindican la conducta de la Iglesia y deslindan responsabilidades. Nada de eso le importa. Ella sigue adherida a las objeciones de los siglos pasados y, aunque propicia tanto el progreso, no es capaz siquiera de manejar objeciones más modernas y eficaces. Es frecuente que los profesores de los liceos —en gran mayoría masones— defiendan todavía que el hombre desciende del mono, el materialismo craso, y otra serie de errores que ya ningún hombre de ciencia defiende como ellos. Y su ignorancia suele ser increible. Un profesor de historia, al enseñar el pueblo de Israel,

aprovechó de ridiculizar el paso del Mar Rojo y otros acontecimientos milagrosos. Los alumnos — muchachos de Acción Católica— se pusieron de acuerdo para hacerle varias preguntas de Historia Sagrada que él, por supuesto, no sabía contestar. Por fin avisó que se saltaría esa materia para evitar susceptibilidades. Siempre quieren aparecer como tolerantes.

Otra acusación terrible contra la Iglesia es su obscurantismo. Pueden leer la lista de las Universidades fundadas o patrocinadas por la Iglesia, que en la Edad Media, son la casi totalidad, pueden ver desfilar ante sí los nombres de los más ilustres pensadores, hombres de ciencia y artistas que ha tenido la humanidad, y ver el porcentaje enorme de católicos que allí hay. Nada de eso los detendrá en seguir repitiendo la lección aprendida de que la Iglesia es obscurantista. Y en boca de ellos, la palabra obscurantista tiene un efecto mágico para sugerir épocas tenebrosas, que sólo han existido en mentes mal informadas y con mucho mayor frecuencia en el interior de las logias.

A la acusación anterior se agrega la de dogmatista, otra palabra mágica que ni ellos mismos pueden definir. Se irritan de que la Iglesia no cambie su doctrina ni acepte el continuo evolucionismo que ellos propician. Nunca llegan a entender que no

puede el hombre cambiar lo que Dios ha enseñado, y que esas enseñanzas divinas son casi lo único razonable que el hombre conoce, porque ya sabemos lo que valen esos descubrimientos de la sola razón humana que, precisamente, porque no satisfacen, es preciso remudarlos de continuo. Pero a ellos les interesa sembrar la duda e ir socavando los cimientos de las creencias religiosas.

Mas, donde pueden trabajar con mayor desenvoltura, es en la laicización de la sociedad. Teniendo siempre como instrumento a la misma tolerancia, y partiendo de la base de que la religión divide o que por lo menos es un tema poco apropiado, ya que ellos nunca quieren —en virtud de su gran tolerancia— herir susceptibilidades de nadie, van desplazando a la religión de todas las actuaciones públicas y sociales. Son muy amantes de la democracia; pero en un país en que la inmensa mayoría es católica, nunca les importa la opinión de esa mayoría, sino que defienden siempre los derechos de la incredulidad, que es la minoría, no en el sentido de que a esta minoría no habría que estorbarla en sus creencias, lo que nunca hace nadie, sino en el sentido muy masónico, de que las leyes, la educación y todas las instituciones del país deben tender a favorecer ampliamente a la minoría incrédula, aun a costa de los más sagrados derechos de los

católicos. Por eso, el matrimonio religioso no tiene efecto civil, aunque esto, dada la idiosincrasia e ideología de nuestro pueblo, sólo sirva para dificultades y confusiones que entorpecen la legítima constitución de la familia, en un país en que deberían hacerse los mayores esfuerzos por consolidarla. La libertad de los incrédulos quedaría perfectamente asegurada con que el Registro Civil los atendiera a ellos. Pero los masones prefieren esta otra fórmula que significa una hostilidad a la Iglesia. Lo mismo podemos decir respecto a la laicización de los colegios. Aunque no han podido suprimir toda la subvención a las escuelas primarias particulares que le significan al Estado una gran economía y una inmensa colaboración en su labor educacional, han suprimido toda ayuda a los colegios particulares de segunda enseñanza, con lo que obligan a quien desee educar a sus hijos en un colegio católico, a una doble contribución, porque aquellos impuestos que paga el católico como todo ciudadano, y con los cuales se paga la enseñanza fiscal, no ayudan a los colegios particulares de segunda enseñanza y así el padre de familia debe pagar una pensión extra para poder educar a sus hijos según su conciencia. Y en los colegios del Estado, cuyo alumnado en un 95 % es católico — como puede verse por las escasísimas excepciones a

la clase de religión— los masones siempre tratan de establecer un ambiente laico, a tal punto, que mientras muchas veces se hacen abiertas campañas políticas entre el profesorado y aun entre el alumnado, a la religión se la tiene desterrada como una cosa a la cual no se puede hacer siquiera alusión. No pueden concebir que una escuela o colegio asista a un acto religioso —aunque se permita la inasistencia a los no católicos—, y recuerdo el caso de un Inspector Escolar —conspicuo masón—, que con motivo de un acto cívico en el cual se celebraba también una misa, hizo esperar a las escuelas detrás de las esquinas de la plaza hasta que la misa hubo terminado. Y todo esto en virtud de la tolerancia y amplitud de espíritu.

Para conseguir todas sus finalidades, les interesa extraordinariamente el dominio político, aunque ellos mismos hacen profesión de libertad en este sentido. Y en verdad que de suyo les importa muy poco un partido u otro, siempre que a todos puedan utilizarlos para sus finalidades. En el siguiente párrafo del actual Arzobispo de Santiago, Mons. José María Caro, podemos ver su manera de insinuarse en este punto: "¿En qué partidos, preguntará el lector, están los agentes de la Masonería? Un tiempo fué el partido liberal el centro de sus operaciones. Desde allí sembró sus ideas y preparó

adeptos más avanzados, que, no pudiendo arrastrar a los extremos que se proponían al grueso del partido liberal, pasaron a formar un partido más avanzado, el radical, dejando en su primer hogar a la gente necesaria para impedir la reacción e impulsar siempre hacia adelante a los reacios y temerosos de novedades. Otro tanto ha sucedido en el nuevo campo de operaciones: las ideas han germinado; los principios de orden que profesaban los fundadores del partido radical, a muchos parecen ahora añejeces conservadoras y tiran hacia el Socialismo, Comunismo, Bolchevismo, etc. Aquí están los HH. ·. más avanzados, el resto en el partido radical, las reservas pesadas, en el liberal. Demás está decir que los hermanos se han infiltrado en gran número en los otros matices políticos del liberalismo al bolchevismo y, sin duda, no han faltado algunos que aun se han afiliado al partido conservador" (1).

Mas no se limitan los masones a infiltrarse en los partidos políticos, sino que lo hacen en cuanta sociedad puedan tener alguna influencia o derivar para sus fines alguna utilidad, principalmente en el manejo de fondos. Cito a la "Sociedad de Es-

(1) "El Misterio de la Masonería", pág. 145. Santiago, 1926.

tudiantes Pobres", que —a causa de su fin en sí nobilísimo, se mantiene con dinero de muchos católicos— es, sin embargo, utilizada como incubadora de masones y aun abiertamente se le suspende la ayuda a los buenos católicos, aunque sean los mejores alumnos. Siempre el procedimiento es el mismo: una fachada admirable manejada por mano oculta con finalidades tenebrosas.

Con el protestantismo, se ha abierto a la masonería un magnífico campo de hostilidades a la Iglesia Católica. No es raro el caso de pastores protestantes que sean simultáneamente masones, a fin de recibir allí una ayuda muy efectiva en contra del catolicismo, no porque la masonería sea partidaria del protestantismo, sino porque ve en él un cristianismo más desleído y un ciego enemigo del catolicismo. Conozco el caso de una polémica pública entre un sacerdote católico y un pastor protestante, al cual prepararon los argumentos y escritos en la propia logia, no atreviéndose a negar el mismo pastor que él era masón.

En esta forma, solapada y astuta, va trabajando incansablemente la masonería. Nunca presenta la cara de frente. Es maestra en saber sacar la castaña con la pata del gato, sirviéndose para sus diversas actividades, de personas también diversamente iniciadas o simpatizantes, desde aquéllos que

—siendo francamente enemigos de la masonería— son, sin embargo, manejados hábilmente por ella, hasta aquéllos de malicia fría y refinada que sienten odio a Cristo y a su Iglesia y en forma calculadora y terrible forjan sus planes maquiavélicos. La masonería no trepida en procedimientos, siempre que ella pueda eludir la responsabilidad y guardar las apariencias, mas ¿quién podrá saber las intimidades de las logias cuyos secretos muchos de los mismos masones no pueden conocer? Recordemos las palabras de Cristo: "Quien obra mal, aborrece la luz, y no se arrima a ella, para que no sean reprendidas sus obras. Al contrario, quien obra según la verdad, se arrima a la luz, a fin de que sus obras se vean, como que han sido hechas según Dios" (1).

La eficacia de estos procedimientos, verdaderamente diabólicos, los hemos palpado amplia y dolorosamente en nuestro Chile. Siendo ellos un ínfima minoría, por medio de la política, de la educación y de cuanta institución o sociedad ha caído en sus manos, han logrado dañar horriblemente a la Iglesia y cambiar la faz de nuestro país que siendo en su inmensa mayoría católico, tiene, sin embargo, no sólo en las esferas oficiales, sino en el

(1) Juan 3, 20 s.

tono general de la sociedad, un aspecto netamente laico y pagano. En los mismos días de Semana Santa, logran, a veces, los masones, celebrar fiestas o semanas de índole laica, poniéndoles siempre —como es natural— alguna pantalla de altruismo y beneficio público. Y logran hacer escuela a tal punto que no faltan incluso después señoras católicas encargadas de hacer bailes de beneficencia en domingos u otras festividades religiosas.

Con los estragos que causa la masonería ha quedado demostrado, una vez más, que los hijos de las tinieblas son más sagaces que los hijos de la luz, y es una nueva comprobación de la mala calidad del catolicismo chileno, ya que si esa inmensa masa de católicos viviera la religión en su integridad, no podríamos ser víctimas tan fáciles de las intrigas masónicas que se aprovechan precisamente de todas nuestras debilidades. Y por eso el remedio de fondo a los avances masónicos ha de ser un cristianismo profundo y valiente al mismo tiempo, que no se oculte ante la perspectiva de un puesto remunerativo, ni se deje amilanar por los procedimientos tenebrosos. Y hemos, también, de encarar resueltamente el problema que resulta del peligro masónico. El arma más poderosa que poseemos contra los hijos de las tinieblas es precisamente la luz. La eficacia de sus procedimientos proce-

de de la obscuridad. Cuando se les ilumina de lleno, los masones se esfuman y desaparecen. Es admirable la habilidad que demuestran en esquivar el cuerpo. Pero, por desgracia, en Chile, aunque existe una pésima idea de la masonería en el ambiente general, queda esta idea envuelta en una nebulosa, se habla de crímenes y envenenamientos terribles, y no se saben precisar sus procedimientos e ideologías, mucho más venenosas que el agua tofana. Habría que comenzar por difundir ampliamente aquellos escritos que den a conocer la masonería y, para empezar, hacer una gran edición de la encíclica "Humanum genus", de León XIII, sobre la masonería. El propio libro de S. E. Mons. Caro, "El Misterio de la Masonería", que tanto bien ha hecho, está ya agotado y se impone una nueva edición, moderna y popular. Habría que publicar listas completas de masones, y cuando se den algunos de esos escándalos de carácter local o nacional realizados por algún hermano, no habría que omitir que son masones, lo cual es en cierto modo de justicia, porque esas actuaciones escandalosas las han tenido, o por orden expresa de la logia, o a lo menos influídos por su ambiente y doctrina. Es una vergüenza, que sea tal todavía la ignorancia de los católicos respecto de la masonería, que lleguen

éstos a engañar a mucha gente, diciéndole que no hay incompatibilidad alguna entre ambas entidades.

La otra arma poderosísima para combatir a la masonería es el boicot económico. La inmensa mayoría de los masones ha ingresado a las logias y sometídose a procedimientos que reprueban, urgidos por motivos económicos: la masonería se presenta para ellos como la única manera de conseguir un puesto o escalar una situación que nunca habrían obtenido por sus merecimientos personales. Por lo tanto, si la acción conjunta de todos los católicos boicoteara a los comerciantes y profesionales masones, no comprando sus mercaderías ni solicitando sus servicios, estoy seguro de que la masonería se les convertiría en un mal negocio, lo cual sería quizás el único argumento posible para hombres que traicionan su conciencia por razones de dinero.

VIII. EN EL PLANO INTERNACIONAL

Es indudable que, así como las naciones no pueden encerrarse dentro de sus fronteras, sino que deben atender a las relaciones con los demás países so pena de verse privadas de muchas preciosas ayudas y en la imposibilidad de evitar gravísimos males, así también la Iglesia —precisamente por ser católica, esto es, universal— no está enclaustrada en las fronteras, sino que experimenta y produce influencias que salen del campo nacional, ya sea por factores de orden puramente eclesiásticos, ya también por la marcha general de los acontecimientos internacionales. Y sin duda alguna que la más vital de estas necesidades, es la de mantenerse unida a Roma, centro de la cristiandad. Para conservar la ortodoxia y la cohesión jerárquica, son ne-

cesarios el amor y sumisión al Santo Padre, colocado por Cristo mismo como la piedra fundamental de la Iglesia. Todo esfuerzo que hagan los católicos de cada país por mantener en actividad su unión con el Obispo de Roma, será santo y prenda segura de las bendiciones divinas.

Durante la Colonia, la Iglesia chilena (1) era parte de la Iglesia del vasto imperio español. Formábamos como una comunidad de naciones que tenía sus semejanzas con el Sacro Imperio de la Edad Media en Europa. La unión con Roma tenía lugar por medio del Monarca —lo que hoy día nos parece un sistema desagradable—, pero que en ese entonces estaba garantizado por la fe inquebrantable de los católicos reyes españoles y aceptado por el mismo Romano Pontífice en virtud del Real Patronato. Lo que el Papado no hubiera podido realizar, hízolo la Corona, que se sentía un instrumento providencial de la Iglesia. La España entera sintió como propia esta empresa de la evan-

(1) Una aclaración para evitar equívocos. La Iglesia es universal y por lo tanto no se puede concebir una iglesia nacional independiente y desligada de Roma. Pero la universalidad no se opone a la existencia de las Iglesias particulares como son las diócesis y aun las parroquias. También podemos decir que los católicos de una nación forman una iglesia particular ya que suelen formar provincia eclesiástica presidida por un arzobispo, o bien forman varias provincias presididas con frecuencia por un primado. En este sentido puede hablarse de iglesias nacionales.

gelización de América y esto produjo una unidad de esfuerzo y de acción que tal vez no se hubiera podido conseguir por otros medios. Las nacientes iglesias americanas no habrían podido progresar ni siquiera mantenerse sin los auxilios venidos de la Península. Y entre los mismos países americanos había una intercomunicación que no podía menos de resultar sumamente provechosa. Una idea de esto nos la puede dar la estadística de los obispos habidos en Chile. Entre los dos obispados de Santiago y Concepción hubo un total de 42 obispos, aunque algunos de ellos no alcanzaron a llegar a sus diócesis. Veinte obispos fueron españoles, once peruanos, uno ecuatoriano, uno paraguayo, uno boliviano, uno colombiano, y sólo siete fueron chilenos. Por otra parte, no era raro que los obispos de Chile fueran ascendidos a sedes más importantes, aun arzobispales, como el chileno del Pozo y Silva que llegó a ser Arzobispo de Charcas en Bolivia. Las Ordenes Religiosas por su parte proveían igualmente nuestro país con religiosos venidos de España y del Perú. Y todo está dicho cuando sabemos que la Corona se preocupaba del vino para la Misa y del aceite para la lámpara del Santísimo.

El rompimiento con España, a causa de la Independencia, produjo también la desintegración de

esta especie de comunidad de naciones que podríamos llamar "cristiandad ibero-americana". Tanto en lo civil como en lo eclesiástico cada territorio comienza a sentir su nacionalidad que muchas veces se afirma a base de guerra con países limítrofes, como en el caso de Chile que sólo tuvo conciencia de nación desligada de los demás países americanos después de la guerra contra la Confederación Perú-Boliviana. En cambio, en los días de la Independencia, los países seguían considerándose más americanos que argentinos o peruanos, y esta mentalidad, más aún que la necesidad de afianzar la propia Independencia, fué la que permitió la formación del ejército chileno-argentino que después de darnos libertad a nosotros, se alejó en barcos chilenos rumbo a las costas peruanas. Fué también esta mentalidad la que permitió las hazañas de Bolívar que libertaron medio continente.

La Iglesia de América se resintió con esta pérdida de la vinculación continental, tal como la Iglesia en Europa a partir de la Epoca Moderna con sus estados absolutos y de un nacionalismo generalmente exagerado. Aunque de un modo no organizado y muchas veces sólo en forma ocasional, se han seguido, sin embargo, manteniendo algunas benéficas vinculaciones. A este respecto, la tradición de la Iglesia chilena es fecunda en hechos que

han tenido trascendencia americana. Enumeremos los más importantes.

Preocupado O'Higgins por la sede vacante y por las perturbaciones eclesiásticas que sólo desde Roma se podían solucionar, resolvió mandar allí un Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante la corte de Roma y se nombró con este fin a don José Ignacio Cienfuegos, quien se embarcó en Valparaíso en enero de 1822. Fué recibido cordialmente por el Papa y su gestión tuvo pleno éxito. A pesar de la oposición del Embajador de España que todavía reclamaba sus derechos sobre estas colonias, la Santa Sede fué el primer estado europeo en mandar un representante a un gobierno latinoamericano. Fué designado Mons. Juan Muzi, Arzobispo titular de Filipos, con el título de Vicario Apostólico, para no herir susceptibilidades; pero era en realidad un verdadero Nuncio y la prensa de Europa y Norte América comentó el hecho interpretándolo como un reconocimiento de la soberanía de Chile. Prescindimos aquí de la importancia de este hecho para el reconocimiento diplomático por parte de las demás naciones europeas y queremos destacar su importancia en el orden eclesiástico. La grave situación producida en todos los países de América a raíz de la Independencia, sólo podía tener solución por medio de Roma. Chile había da-

do el ejemplo e indicado el camino, y aunque aquí la misión fracasó debido al poco tino de Freire, el camino ya estaba señalado y por esa vía llegó a todas partes, más tarde o más temprano, la tan necesaria solución.

Otro hecho de importancia continental fué la creación por Pío IX del Colegio Pío Latino Americano de Roma. Este Colegio se debió al esfuerzo del sacerdote chileno Mons. Ignacio Víctor Eyzaguirre, cuyo busto se conserva en Roma. Colocado bajo la acertada dirección de los jesuítas, este Colegio ha dado una excelente educación a los alumnos más eminentes de todos los seminarios de América. Baste decir que de allí ha salido gran parte de los prelados americanos y la casi totalidad de los profesores de teología. A la elevación cultural del clero se ha unido también la benéfica vinculación de los alumnos de todos los países. Mons. Ignacio Víctor Eyzaguirre fué el primer chileno honrado con el título de Protonotario Apostólico ad instar y recibió delicadas misiones de la Santa Sede para algunos países americanos. Sus preocupaciones en este sentido nos lo indica ya el solo título de uno de sus libros: "Los intereses católicos en América".

En 1895 las relaciones con Argentina eran por demás difíciles. No se encontraba solución a la

cuestión de límites y se temía una guerra que nadie deseaba. En estas circunstancias debía hacerse cargo del Arzobispado de Buenos Aires S. E. Mons. Uladislao Castellanos. Entre ambos gobiernos y los propios arzobispos, se acordó que la imposición del palio arzobispal la haría S. E. Mons. Mariano Casanova de cuyo prestigio y dotes diplomáticas mucho se esperaba. En la catedral de Buenos Aires pronunció el arzobispo de Santiago un elocuente discurso ante un inmenso auditorio presidido por el propio Presidente de Argentina, general don Julio A. Roca. Desde ese momento todo el mundo tuvo la sensación de que la armonía entre las dos naciones se había restablecido gracias a la brillante actuación de Mons. Casanova y su comitiva en la que descollaba el entonces Pbro. Ramón Angel Jara. El propio León XIII supo apreciar el valor de esta actuación internacional y envió un autógrafo de felicitación al Arzobispo de Santiago. En la actualidad, el monumento al Cristo Redentor colocado en la cima de los Andes, en el límite de los dos países, es el mejor vínculo de unión entre Chile y Argentina.

Pero Mons. Mariano Casanova tiene a su haber otra actuación aun más importante para la marcha de la Iglesia en América. Uno de los primeros actos de su gobierno fué dirigirse al Papa León XIII

para solicitar la celebración de un Concilio Plenario de la América Latina. Podemos decir que durante la Colonia, la Iglesia se rigió por el Concilio celebrado en Lima por Santo Toribio de Mogrovejo. Los sínodos diocesanos eran sólo adaptaciones de aquél. Pero las condiciones habían cambiado mucho a partir de la Independencia y era de suma conveniencia uniformar la legislación canónica en estas tierras americanas. Acogió León XIII la idea del prelado chileno, y previa consulta a todos los ordinarios de América, se hizo la convocatoria. En la ciudad de Roma, del 28 de mayo al 9 de julio de 1899, se reunieron trece arzobispos y cuarenta obispos en el Primer Concilio Plenario de la América Latina. No faltó ni un solo prelado chileno. Buena parte de los cánones del Concilio habían sido ya aprobados en el sínodo diocesano de Santiago de 1895, presidido por el mismo Mons. Casanova, a tal punto que un historiador llega a decir: "Este concilio debió prestar inapreciables servicios en algunas repúblicas de América. Para Chile no fué tan útil; porque el sínodo diocesano de Santiago de 1895 prestaba los mismos servicios, y era ya conocido de todos" (1).

(1) Carlos Silva Cotapos, "Historia Eclesiástica de Chile", pág. 346. Santiago, 1925.

Este ha sido el único Concilio Plenario de la América Latina y todavía está en vigencia en lo que no se opone al Código de Derecho Canónico.

El Seminario Pontificio de Santiago ha jugado un rol semejante al del Pío Latino de Roma, sobre todo a partir de 1935, fecha de la creación de la Facultad de Teología de la Universidad Católica que, además de atraer alumnos de todo Chile y de diversas Ordenes Religiosas, acoge seminaristas de todos los países americanos y aun europeos que ejercerán su ministerio en nuestras tierras.

En el campo universitario católico, ha tenido también Chile una actuación destacada. El primer presidente de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos (CIDEC), fué el chileno Eduardo Frei, y su primer asesor, nombrado por el Santo Padre, fué Mons. Oscar Larson, también chileno. En 1944 se celebró en los alrededores de Santiago un Congreso de la CIDEC y Pax Romana con delegados de casi todos los países. Chile fué designado como sede de un Secretariado Iberoamericano de ambas instituciones.

Por iniciativa de la Acción Católica Chilena se celebró en Santiago a mediados de 1945 la Primera Semana Interamericana de Acción Católica con delegados de casi todos los países, incluyendo a Estados Unidos y Canadá. Entre los importantísi-

mos acuerdos de esta Semana se destaca la creación de un Secretariado Interamericano de Acción Católica que tendrá por objeto transmitir informaciones y aun coordinar las actividades de la Acción Católica en los diversos países. Chile fué designado por unanimidad como sede de ese Secretariado.

Todos estos hechos están indicando el espíritu de amplio americanismo que siempre ha existido en la Iglesia chilena y que le han merecido la confianza de los demás países. Estimo, sin embargo, que no se ha hecho todavía lo suficiente en este terreno de la cooperación iberoamericana. Ahora que los países latinoamericanos parecen despertar de su letargo, que toman conciencia de su importancia, que aspiran a tener vida propia, que no se contentan con ser simples satélites de Europa o Norteamérica, que los modernos medios de comunicación (carretera panamericana y líneas aéreas) facilitan extraordinariamente los viajes y mutuo intercambio, ahora habría que hacer un esfuerzo por conocernos mejor y ayudarnos mucho más. Como se dejó constancia en la Semana Interamericana de Acción Católica, hay muchos problemas que rebalsan las fronteras nacionales y tienen que abordarse en el plano internacional. Bastaría considerar que los grandes enemigos —comunismo, masonería, protestantismo— están organizados en

el plano internacional, lo que da eficacia continental a sus campañas. En especial los países pequeños, como es el mismo Chile, ¿cómo podrán editar siquiera los libros necesarios al apostolado en condiciones comerciales? Para defendernos del protestantismo, y sobre todo porque lo necesita la integridad de nuestra vida cristiana, necesitamos una edición de la Biblia que sea muy buena y económica a la vez. Me decía el gerente de una editorial que esa edición no podría ser de menos de 500,000 ejemplares para que resultara económica. Es una cifra que rebalsa la capacidad de consumo de cualquiera de nuestros países y tiene que hacerse para toda la América española.

Algo de suma importancia es trabajar en la Historia de la Iglesia en América. Se la ha calumniado mucho y la verdadera Historia la puede reivindicar. En una reunión habida en Santiago entre los profesores de la Universidad de Chile y Católica, propiciada por el Auditor de la Nunciatura para que se expusieran en confianza los prejuicios contra la religión, sólo hubo una objeción de carácter filosófico; todas las demás eran acusaciones de falsos hechos imputados a la Iglesia. Y una Historia de la Iglesia en América requiere investigaciones previas de la Iglesia en los diversos países. ¿Cómo se puede sintetizar lo que aun no está es-

tudiado? Por otra parte, sobre todo en la Colonia, pero también en la República, tenemos gran número de factores comunes que hemos de estudiar también en común.

Una idea que se me ocurre muy práctica para esta vinculación de nuestros países, sería la celebración de Congresos Eucarísticos Interamericanos. En realidad que los Congresos Eucarísticos últimos de Buenos Aires y Santiago han tenido ya de hecho un carácter interamericano; pero sería de mucha eficacia que esto se organizara ex profeso y con un carácter periódico y rotativo entre las diversas capitales o naciones.

Es indudable que por su común origen e igualdad de idioma y religión, los países hispano americanos tienen ya una base excepcional de particular vinculación. A esto puede agregarse el Brasil, que tiene, como nosotros, un origen peninsular y una cultura latina. Norteamérica, en cambio, con su sangre sajona y su cultura de tipo protestante —aunque ahora éstos están muy disminuídos— no es fácil de asimilar al resto del continente. ¿Qué actitud debemos entonces tomar respecto de ella? Creo que debemos asumir una actitud eclesiástica y realista a la vez. Eclesiástica, esto es, que la Iglesia debe ponerse al margen de las doctrinas políticas que existen al respecto, y realista, porque

debe aceptar los hechos tal como se presentan. No debemos, por lo tanto, abandonar nuestra antigua "cristiandad iberoamericana", sino en lo posible mantener esa específica vinculación que tanto bien nos hizo durante la Colonia. Pero debemos también aceptar como un hecho real la inmensa influencia que Estados Unidos va adquiriendo y aumentando. ¿Qué actitud debemos tomar frente a la influencia norteamericana? Me parece que lo más cuerdo es una actitud ecléctica, distante, tanto del extremo de los que creen que todo lo del Norte es mejor que lo nuestro, como de aquella aversión que no ve sino una nación imperialista. Como en todas partes, a priori lo podemos decir, en Estados Unidos hay mucho de bueno y mucho de malo. Lo que corresponde entonces es recibir esa influencia con beneficio de inventario. Pongamos como norma la doctrina de la Iglesia y tratemos de atraer nosotros mismos aquello que nos sea de utilidad. Para esto, es necesario no juzgar sin conocimiento de causa y habría que estudiar y conocer en el terreno mismo lo que de ellos hemos de aprender y lo que debemos evitar. No comencemos, por lo tanto, por cerrar nuestros ojos, sino por estudiar los problemas. Pero hay algunas cosas que sabemos desde luego, siquiera en sus rasgos generales. Que ahí la Iglesia Católica es muy floreciente y

que se preocupa poco de nosotros, y que hay múltiples sectas protestantes que trabajan activamente en mandar misioneros a recuperar aquí el terreno que pierden en su patria. Sabemos también que es un país cuya gran mayoría no tiene ninguna religión y que vive prácticamente en el paganismo. Esto ya nos da una pauta para la política que hemos de seguir.

Se impone desde luego una mayor vinculación con los católicos norteamericanos. Si han de influir desde Estados Unidos, que sean en primer lugar los católicos. El delegado de este país a la Primera Semana Interamericana de Acción Católica aseguró que los católicos de su patria estaban dispuestos a intensificar su ayuda. Y les cabe una cierta obligación moral. Si los protestantes se preocupan tanto de nosotros, ¿por qué no han de hacer lo mismo los católicos? Y hay problemas que sin esa ayuda son casi imposibles de resolver. Me referiré una vez más a la Biblia. De allá llegan magníficas ediciones protestantes, subvencionadas por la Sociedad Bíblica Norteamericana y a un precio imposible de competir, sobre todo con nuestra débil moneda. Habría que tener una sociedad, con capitales de dólares para poder hacerles frente.

En Estados Unidos hay gran número de sacerdotes, a tal punto, que envían misioneros al extre-

mo oriente. ¿No sería más conforme con la política de buena vecindad que aumentaran el número de los pocos que han llegado por aquí? Estos sacerdotes, además de aumentar nuestros escasos contingentes, servirían para enseñar la técnica de trabajo y los modernos métodos de apostolado. Sé que los misioneros de Maryknoll que hay en La Paz (Bolivia) usan métodos de gran efecto para combatir la propaganda protestante. Si esto se generalizara, sería una cooperación muy eficaz. Muchas veces el sacerdote chileno no puede realizar todos sus proyectos por falta de dinero. En cambio, los que vienen del Norte, suelen disponer de los medios necesarios. No conozco la literatura católica norteamericana; pero vislumbro que habría mucho que traducir y hacer circular por estas tierras. En resumen, que antes que atacar el protestantismo y paganismo que de allá nos viene, hemos de procurar acrecentar la influencia católica.

Otro de los problemas que se nos avecina con el término de la guerra es la ola de la inmigración. Será, sin duda, de gran provecho para el país, si se hace en debidas condiciones; pero plantea a la Iglesia nuevos problemas que urgirá resolver. Y desde luego, un aumento de población significa una intensificación de la crisis sacerdotal que acaso pueda solucionarse procurando que acompañen sa-

cerdotes de la misma nacionalidad a los contingentes migratorios. Esto tendría grandes ventajas. Es sabido que el emigrante, aun el católico, una vez trasplantado a otro suelo donde no tiene en su favor la fuerza de la tradición religiosa de su patria, tiende a abandonar las prácticas religiosas y a consagrar su vida al enriquecimiento personal. En estas condiciones, parece que sólo el sacerdote de la misma nacionalidad tiene el ascendiente necesario para mantenerlo adherido a su religión. Las experiencias realizadas en este sentido en Estados Unidos podrían ser de gran utilidad para nosotros. En todo caso, habría que realizar un buen servicio de atención para los inmigrantes, a fin de mantener a los católicos y, a ser posible, convertir a los que no lo sean. La Iglesia se interesará también, y en esto tienen una gran misión los políticos cristianos, en que los inmigrantes sean de preferencia católicos. Esto lo pide, no sólo el bien de la Iglesia, sino también la conveniencia de la patria que en el católico encontrará un elemento más asimilable a la masa católica de la nación. Países como Polonia, sur de Holanda, Italia, España y Ukrania, podrían proporcionarnos elementos humanos de primera calidad.

Un punto importante es el que se refiere a los ritos. Si todo inmigrante prefiere sacerdotes de su

nacionalidad, esto adquiere un carácter de exigencia para los fieles de rito oriental. Como allí la liturgia se celebra en idioma vernáculo, nuestro rito latino aparece ante ellos como una religión diversa; y en cambio, es sabido la poca importancia que dan los árabes, por ejemplo, a la diferencia entre la religión católica y la ortodoxa, con tal que les hablen su idioma y hagan sus ceremonias tal como en su tierra natal. En Argentina y Brasil hay aún obispos de rito oriental. Entre nosotros, ni siquiera misioneros con carácter permanenete. Esto nos expone a la pérdida total de la colonia árabe si no se la atiende rápidamente.

La influencia europea se ha sentido siempre avasalladora en nuestro continente. No hay motivo para pensar que no se siga experimentando. Pero el porvenir de la cultura cristiana en Europa es una incógnita. Un diluvio de escritores nos anuncia cada día que el círculo de la cultura cristiana en Europa está por cerrarse, que se marcha rápidamente a la disolución completa de la cristiandad medieval. En esta afirmación, no hay nada contra la recta ortodoxia, ya que, si bien Dios prometió asistencia a su Iglesia Universal, la cual nunca puede perecer, nunca aseguró que alguna de sus partes no pudiera volver al paganismo, como de hecho ha sucedido con el norte de Africa otrora tan ca-

tólico y ahora musulmán, y como sucedió también con los países nórdicos que cayeron en el protestantismo y ahora caminan también al paganismo. Y cuando se ve el poderío que va adquiriendo Rusia con su comunismo ateo, en verdad que se teme por la civilización cristiana de Europa. Pero tampoco podemos negar que después de la guerra, el catolicismo ha ganado terreno en muchos países, aun los protestantes. El triunfo del laborismo en Inglaterra ha sido ciertamente un golpe para el protestantismo y una excelente posibilidad para el apostolado de los católicos.

En Alemania, donde los católicos fueron los únicos que opusieron una verdadera resistencia al nacismo, quedarán ahora en mejor situación que los protestantes que se dejaron arrasar por la propaganda totalitaria. Holanda, según las últimas noticias, tendrá también mayoría católica, ya que de los 3 millones de víctimas de la guerra, la mayoría eran protestantes. Italia, libre de las trabas del fascismo, verá también aumentado el fervor de su catolicismo. España, cualquiera que sea nuestra opinión respecto de la política de Franco, contempla ahora un despertar religioso extraordinario. Todo esto nos hace dudar y remitir el futuro a los secretos designios de Dios. De una sola cosa debemos estar seguros, que sea cual sea la influencia que de Europa

nos venga, hemos de defender nuestra fe y aprovecharnos de todas las circunstancias, favorables y adversas, para el incremento de nuestra santa religión en estas tierras americanas. Y si llegara a faltar la civilización cristiana en Europa, tendremos un nuevo motivo para trabajar por una nueva cultura que sea auténticamente americana, y sobre todo, auténticamente católica.

INDICE

	PAG.
Prólogo	7
Al lector	13
I—Nuestra posición histórica	19
II.—Corrientes subterráneas	41
III.—Los operarios de la mies	61
IV.—La Acción Católica	79
V.—Materia y espíritu	95
VI.—El protestantismo	117
VII.—Los hijos de las tinieblas	135
VIII.—En el plano internacional	155

CENTRO SAN CRISTOBAL
A C
Liceo Nocturno "Edo. de la Barra"
Blanco 1139 - Teléfono 6607
VALPARAISO

CENTRO SAN CRISTOBAL
A C
Liceo Nocturno "Edo. de la Barra"
Blanco 1139 - Teléfono 6607
VALPARAISO

BX1468 .M96
Catolicismo chileno;
Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 00019 7162

CENTRO SAN CRISTOBAL
A C
Liceo Nocturno [illegible] de la Ba[illegible]
Blanco 1:33 - Teléfono 6607
VALPARAISO

IMP. "EL ESFUERZO", EYZAGUIRRE 1118 - SANTIAGO